

LA PROTESTA

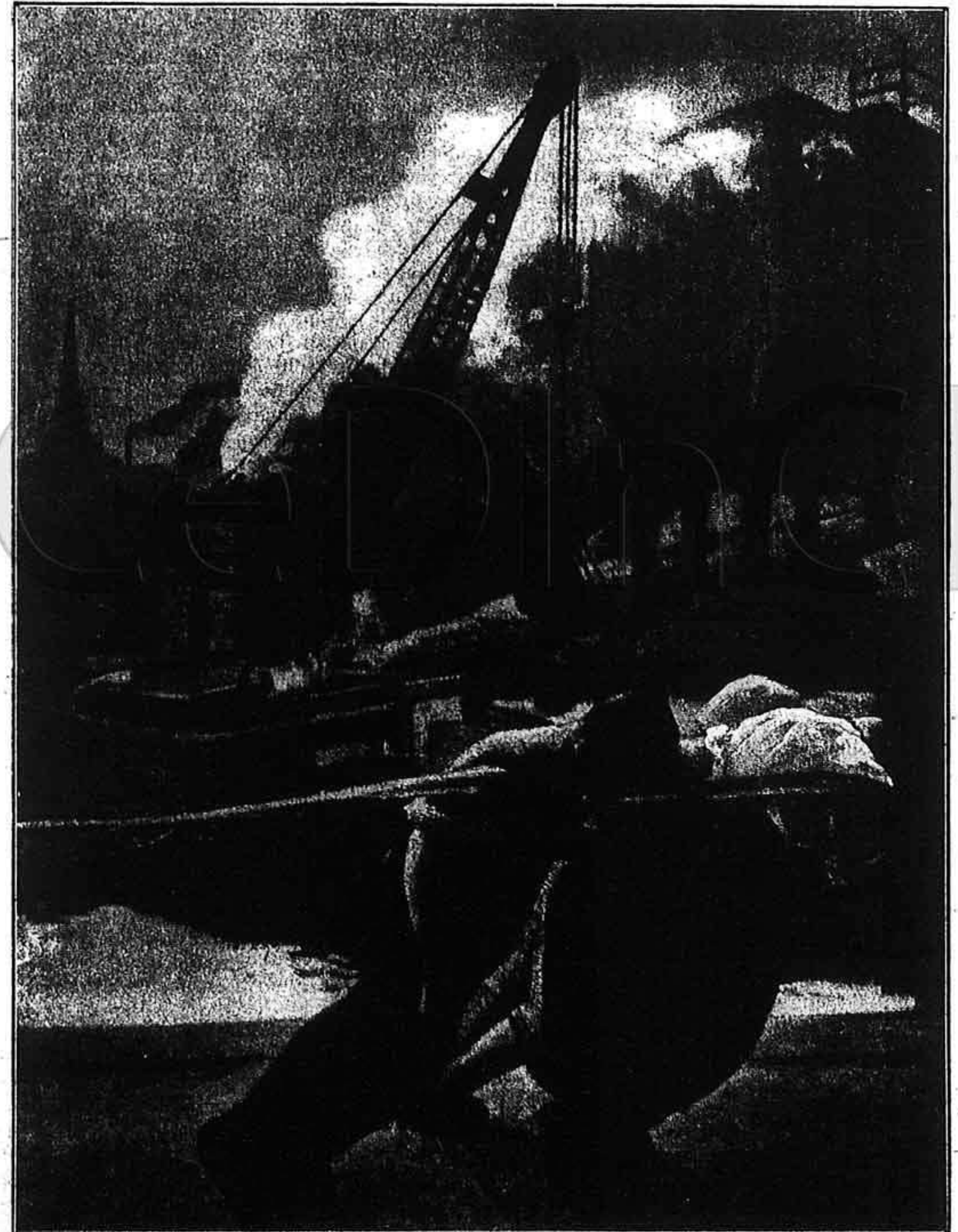
SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VIII
N.º 312

BUENOS AIRES, 16 DE SEPTIEMBRE DE 1929

El ejemplar
20 Centavos

PORTE PAGO



LUIGI FABBRI

LA CRISIS DE UNA CIVILIZACIÓN

Los fenómenos de involución y de regresión, que vamos constatando con preocupación en todos los campos, espiritual y político, artístico y económico, ponen ante nuestros ojos una pregunta: ¿estamos frente a la agonía de una civilización que se ha agotado, pero deja el puesto a otra, o bien asistimos impotentes a la muerte de la civilización verdadera y propia en su conjunto, preludio de un retorno a la barbarie?

La segunda hipótesis, por inverosímil que parezca, no lo es de ningún modo históricamente. Parece averiguado, por ejemplo, que cuando fué descubierta América, las poblaciones de este gran continente estaban atravesando el último período de decadencia, que se confundía con la barbarie, y tal pareció a los europeos, de una rica civilización que había tenido dos magníficos focos en el norte y en el sur, en México y en el Perú: civilización de tipo y género completamente diversos de los que tuvieron sus focos en las orillas del Ganges y en torno al Mediterráneo, pero no menos luminosa e interesante.

De otros períodos históricos de civilización enormemente avanzada nos quedan los rastros en Asia Menor, en China y Egipto, donde desde hace millares de años está completamente extinguida, y sobre sus ruinas vetustas, y a menudo inexplicables, en un lapso de tiempo relativamente breve ha resurgido una vida civil bastante mediocre y que no podría ser comparada ni con la antiquísima de que se estudian con ávido interés los rastros ni con la contemporánea europea y americana, de que a nuestra vez vemos la decadencia.

Ciertamente, es mucho más difícil la muerte de la civilización cuando ésta, con todos sus defectos, involuciones y degeneraciones, pero también con sus triunfos de pensamiento, de ciencia, de arte y de progreso en todos los campos, ha crecido con ella y con sus múltiples monumentos los continentes viejos y nuevos. Pero difícil no significa imposible, y sería torpe creerse en una fe fatalista en el porvenir, como si necesaria y automáticamente,

siempre, el porvenir debiese acabar con ser mejor que el pasado.

Muchos de nosotros han heredado del siglo pasado un exagerado optimismo en tal sentido. Sobre ellos las últimas guerras y sus consecuencias han derramado verdaderos torrentes de agua helada; pero aquel optimismo, si es verdad que no existe ya en lo profundo de las conciencias, ha permanecido todavía en los hábitos mentales y de lenguaje. Se sienten hoy también y se leen expresiones de aquel viejo estado de ánimo: "no se vuelve atrás", "los hechos trabajan por nosotros", "la historia camina hacia la libertad", "el progreso sufre detenciones, pero no se anula", y otras frases semejantes, las cuales en realidad significan sólo que hay el deseo de no volver atrás, de que los hechos nos den razón, de que la historia vaya hacia una creciente libertad, de que el progreso no sea anulado, etc., pero no que tal deseo se realice fatalmente y como por una ley natural independiente de la voluntad, de la acción o de la inacción de los hombres.

Muchos se dejan seducir por el espectáculo verdaderamente maravilloso de los progresos en el campo de los descubrimientos y de las invenciones mecánicas, por la cultura enciclopédica de un número cada vez mayor de personas, por el aumento de las posibilidades de disfrute y comodidades materiales, por las construcciones cada vez más mastodónticas o ingenuas, etc., pero no se dan cuenta de la ausencia cada día más grande en todo eso de un sentido humano superior, incluso de la verdadera y propia mortificación del espíritu que se deriva a menudo de ello, con una negligencia total, que no raramente se convierte en negación de los valores espirituales, de todo sentimiento de amor, de simpatía o de libertad interior. Cada día más somos obligados a constatar que el progreso moral no va de ningún modo a la par con el progreso material, que este puede servir para sofocar aquél, que la instrucción áridamente cultural y utilitaria no es necesariamente educación; que ciencia no significa siempre humanidad y libertad, sino

que puede llegar a ser odioso instrumento contra una y otra y hasta medio de reimpedición colectiva.

Basta pensar, para eso, en la función de cierta prensa industrializada y de enorme tiraje, o bien en ciertos estúpidos espectáculos cinematográficos y radiofónicos, aun sin volver a decir por milésima vez el horror de todas las ciencias físicas y químicas puestas al servicio de la guerra para destruir y envenenar con explosivos, y gases asfixiantes la pobre humanidad por tierra, por mar y por el aire...

No se trata aquí de despreciar o rechazar los progresos de las ciencias físicas, químicas y mecánicas. El espíritu humano tiene necesidad también de ellos para elevarse, refinarse y convertirse en conciencia civil en el más grande número posible de seres; ese espíritu es, además, su creador verdadero y principal y después de haberlos creado se sirvió de ellos muchísimo para sus fines morales superiores. Pero el regreso consiste precisamente en eso: que poco a poco el medio se ha transformado en fin de sí mismo; peor todavía: se ha vuelto instrumento de corrupción, de degeneración, de involución en mano de las potencias económicas y políticas interesadas en detener, limitar o destruir los progresos materiales y morales de la humanidad hacia una vida colectiva más justa, más fraternal y más libre.

Hay progresos del espíritu humano en el sentido de una vida más elevada del individuo y de la colectividad, cada vez menos bestial y menos brutal, con la supremacía creciente de los sentimientos de simpatía y de ayuda mutua sobre los del odio y de la destrucción recíproca, realizados a través de los siglos, por múltiples y multiformes evoluciones y revoluciones del pensamiento y de los pueblos, que parecían en lo sucesivo definitivamente conquistados para la humanidad, y son puestos ahora seriamente en peligro: tales, por ejemplo, los progresos de la gran revolución del 89 y hasta algunos de la vieja revolución cristiana, que bajo tantos aspectos se consideraba superada.

La última manifestación del progreso humano la hemos tenido a través del desarrollo de aquel período especial más reciente y en parte contemporáneo a nosotros que se suele llamar capitalista, no porque el capitalismo tenga ningún mérito en él o porque lo haya engendrado este último, sino porque el desenvolvimiento de éste ha tenido necesidad de aquél, y aquel progreso ha sacado del capitalismo y de los contrastes que ha producido los elementos ma-

teriales para desarrollarse a su vez. Pero el capitalismo, después de haberse servido sin escrúpulos de todas las fuerzas vitales de la sociedad, comprendidas no pocas fuerzas revolucionarias, a medida que se ha sentido fuerte y ha visto bajo él un progreso en contraste con el suyo, preluendo la liberación de su yugo de las energías a él sometidas, ha reaccionado contra el movimiento mismo de progreso de que se había servido y reacciona cada vez más violentamente hasta negar con los hechos, combatiéndolo con encarnizamiento y ferocidad inaudita, todo progreso, no sólo futuro, sino también pasado y adquirido ya por la historia.

La amenaza, el peligro es doble.

Tenemos la impresión, avalorada por la experiencia histórica y por una cantidad de síntomas contingentes que sería demasiado largo examinar aquí, y que por lo demás han sido examinados por una cantidad de estudiosos de ciencias sociales, que el período histórico del capitalismo está en su declinación, y que esa declinación aumenta como la velocidad de un cuerpo que cae cada vez más precipitadamente. Pero en la historia de los hechos humanos no hay leyes precisas e ineludibles, como en la historia natural; a menudo las excepciones a las leyes que se vienen formulando son tales que destruyen la regla. El capitalismo, que no hay que confundir con la civilización contemporánea a él y que ha tomado su nombre, podría también detener su caída, vencer con un esfuerzo de inhumanidad y de violencia las fuerzas de progreso que lo cercan y asaltan, reafirmar su dominio sobre la esclavitud de las fuerzas a él sometidas, esclavitud vuelta todavía más férrea; o, más sencillamente, su agonía, la que nosotros llamamos así, podría ser tan larga en relación con la brevedad de la vida humana y de sus generaciones, que sería para nosotros equivalente o casi a su triunfo más arriba entrevisto.

En este último doble caso es evidente que nos encontraremos frente a un retorno verdadero y propio a la barbarie, a la muerte de toda civilización, o al obscurecimiento de ésta por un tiempo tan largo que equivaldría a la muerte, para nosotros y para nuestros hijos. Pero aun en la hipótesis de la precipitación rápida del capitalismo y de la parte de civilización que le es propia, hay el peligro de que arrastre en su caída no su civilización especial solamente, sino toda la civilización que se ha elaborado hasta aquí, toda la civilización humana en su más amplio significado, y que a ella le suceda igualmente un período inconmensurable de barbarie, de modo que en mil y

más años la humanidad futura se encuentre ante la perspectiva de reiniciar todo el camino recorrido hasta aquí, y no se hable de la civilización actual más que como hoy se habla de las civilizaciones antiguas de los chinos, de los hindúes, de los etruscos, de los griegos, de los egipcios, de los incas o de los aztecas.

Estas previsiones pueden parecer, y nosotros confiamos que así sea en realidad, de un exagerado pesimismo. Son eventualidades y probabilidades que no tienen nada de fatal y de inevitable; pero lo que importa es convencerse de que tampoco lo contrario, la previsión optimista, es inevitable o fatal a su vez. Todo depende en realidad del juego de las voluntades humanas en contraste, y de la prevalencia en ese juego de las voluntades de progreso civil, las cuales no solamente no permitían la anulación de los progresos ya adquiridos, sino que consolidan éstos y los amplifican de modo como para permitir a la humanidad alcanzar al fin una estable paz social, digna de este nombre, en la cual los valores del espíritu predominan de modo que todo regreso se vuelva imposible, y la civilización humana encuentre su realización sólida y firme en una organización social basada en la simpatía y el amor, en la justicia fraternal, en la ayuda mutua en el trabajo común, en la libertad de todos.

Pero eso será sólo a condición de que la voluntad de los hombres de progreso, especial-

mente de los trabajadores que más interesados están en él, obreros del brazo y del pensamiento, sea tan fuerte como para engendrar el esfuerzo enorme y necesario para vencer todas las fuerzas de conservación y de reacción organizadas en torno al baluarte capitalista-estatal, y sea al mismo tiempo tan consciente como para no ocupar el puesto de éste en sus funciones más malélicas, como para no hacer suyos los errores, las prepotencias y las infamias, como para no agotarse en un simple y árido esfuerzo de represalias y de trastrueque de situaciones, sino para vencer el mal que lleva en sí como el que tiene contra sí, y hacer triunfar efectivamente los valores morales superiores y opuestos a aquellos contra los cuales ha combatido.

Se podrá decir verdaderamente entonces que la caída de la era capitalista y estatal habrá marcado, es verdad, el fin de una civilización, pero no de la civilización. Habrá, es verdad, declinado una civilización imperfecta, parcial, injusta y aleatoria, pero para dejar el camino abierto a una civilización superior, más vasta, integral y perfecta, y sobre todo más estable, porque colaborarán en ella y la disfrutarán, no ya pocas "élites" de favorecidos por el ingenio o por el azar, no algunas regiones o algunas clases privilegiadas, sino todos los pueblos redimidos, convertidos en colectividades fraternales de libres individualidades humanas.

D. A. DE SANTILLAN

El exclusivismo en el campo social

(Temas del segundo congreso anarquista regional)

Si el avance social tiene por condición la demolición de los obstáculos interpuestos en el camino del progreso, todo espíritu realmente libertario por convicción y por sentimiento, considerará con nosotros que el exclusivismo, el napoleonismo en el campo social es un escollo en donde se estrellaron y se estrellarán muchos nobles esfuerzos si no surge la voluntad de allanarlo.

El sueño del imperio universal de los Césares, de Carlos V., de Napoleón I., el catolicismo universal de Gregorio VII y en general del papado, todas esas manifestaciones del espíritu de predominio ilimitado, han pasado en herencia al socialismo, al campo de las nuevas ideas sociales o bien las pretensiones exclusivistas de partido tienen una fuente diversa e independiente? No entramos, ni podríamos entrar tampoco en el examen de esa cuestión. Nos llevaría muy lejos. Contentémonos con la constatación de un sentimiento exclusivista, de predominio exclusivo, único y universal en el campo de las doctrinas sociales. Nazca de donde nazca, sea herencia del pasado cesarista o fruto de nuestra mentalidad todavía demasiado autoritaria, la verdad es esa: el napoleonismo dominador y absorbente dentro de la ideología socialista.

"Sustituir la economía capitalista mundial por el sistema del comunismo mundial, tal es el fin al cual aspira la Internacional comunista" — dice el programa de la Internacional comunista adoptado en el VI congreso mundial, el 1 de septiembre de 1928 en Moscú. Ese espíritu de universalidad, que podría llamarse católico según el sentido de esta palabra, informa desde el comienzo todas las aspiraciones del moscovitismo, de sus proclamas, de su literatura, de sus sueños. En el mismo programa se lee por doquiera: "Preparada por todo el desenvolvimiento histórico, la sociedad comunista es la "única" salida para la humanidad".

Por consiguiente, fuera de la Internacional comunista no hay salvación para la humanidad, no hay verdad, no hay socialismo, no hay más que contra-revolución, espíritu pequeño burgués, etc.

La misma teoría sostiene la otra ramificación marxista, la socialdemocracia. Investigadores, periodistas, oradores en todas las lenguas y en todos los países se encargan de proclamar al mundo que la socialdemocracia con sus métodos de gobierno y sus reformas es la única solución a todos los problemas

de la vida social. Montañas de papel impreso testimonian la existencia de un vivo sentimiento universalista en la socialdemocracia. No vale la pena que nos dispongamos a ofrecer pruebas, a reproducir citas, a mencionar autores y resoluciones de congresos. Tan verdad es lo que decimos que el ala moderada del marxismo no consiente el menor contacto con el ala subversiva de la misma teoría. Las soluciones socialdemócratas se bastan a sí mismas, y son herejías tanto las soluciones bolchevistas como las libertarias de los anarquistas.

Así, pues, nos encontramos frente a otra corriente social que se considera poseedora de la verdad suprema, del verdadero socialismo y que hace propaganda con ese espíritu exclusivo, aislándose ferocemente de toda tentativa de renovación y de revisión de sus valores.

Vemos por otra parte que el sindicalismo ha hecho famosa la frase: "el sindicalismo se basta a sí mismo", lo que quiere decir que es también único y que se considera en posesión de la panacea universal para todos los males. Mira con menosprecio al anarquismo y combate, al menos el sindicalismo revolucionario, el parlamentarismo de los socialistas legalitarios de la derecha y de la izquierda. ¡No hay solución fuera de los sindicatos, no hay verdad verdadera más que en el sindicalismo!

En cuanto al anarquismo en general, está demás decir que incurre en la misma aspiración de universalidad y tiene argumentos en superabundancia para asegurar que la verdad está en él y el error en los demás.

Es inútil que ahora nos entretengamos en observar la actitud de cada una de las fracciones en que se divide y su subdivide el comunismo moscovita, la socialdemocracia, el sindicalismo y el anarquismo. Cada fracción, por mínima que sea, se supone única dueña de la verdad, única expresión del verdadero camino a seguir, única posibilidad fecunda para hoy y para mañana y para siempre. ¿Qué hacer?

Intimamente, como anarquistas, estamos convencidos de la belleza y de la superioridad de nuestras ideas. Si no fuese así no seríamos anarquistas. Pero en la misma situación se encuentran, así lo suponen, bolchevistas, socialdemócratas, sindicalistas. Sopena que resolvamos las dificultades sosteniendo que los únicos sinceros somos nosotros y los demás

Una obra de información y de cultura revolucionaria

"La Protesta,"

Diario de la mañana

Fundado en 1897

Critica informativa diaria.

La actitud de los anarquistas ante los diversos problemas económicos, políticos y sociales cotidianos.

Informaciones directas sobre el movimiento obrero revolucionario del país y del extranjero.

Colaboradores en los diversos países.

El número suelto: 0.10 cts.

Suscripción mensual, incluso el SUPLEMENTO quincenal, \$ 2.50.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA A NOMBRE DE MARIANO TORRENTE: — CALLE PERÚ N.º 1537. — BUENOS AIRES — REPÚBLICA ARGENTINA

LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

Fundado en 1921

Concreta en sus 32 páginas el pensamiento anarquista internacional. Los más brillantes escritores del anarquismo colaboran en él. Publicación de historia, crítica y exposición de las ideas anarquistas. Literatura, arte, resumen bibliográfico.

El número suelto, \$ 0.20 cts.

Suscripción trimestral, \$ 1.50.

Anual, \$ 5.—

EDITORIAL

"La Protesta"

Fundada en 1922

Una obra de cultura revolucionaria y no una empresa comercial. Es el primer ensayo anarquista para la edición sistemática de la propia literatura.

Todo obrero deseoso de cultivar su espíritu encontrará en nuestras ediciones algo que le interesará. — Solicitense catálogos. Se atiende cualquier pedido de libros y folletos.

no son más que simuladores y arrivistas, que los únicos que expresan su pensamiento abiertamente son los anarquistas y que los demás no hacen más que especular y servir sus intereses personales y sus ambiciones a costa de las masas ignorantes. Pero eso no tenemos derecho a suponerlo. Al contrario, justamente nuestra convicción íntima y nuestra propia sinceridad deben hacernos comprensivos para las convicciones y la sinceridad ajenas.

La existencia de individuos malos, de sujetos de moral y de sinceridad dudosas, no pueden llevarnos a condenar partidos y movimientos enteros como inmorales y falsos. ¿No nos quejamos nosotros cuando la burguesía utiliza las ocasiones favorables para atribuir los defectos o errores de un individuo catalogado como anarquista a todo el anarquismo? Por consiguiente no procedamos con el mismo criterio que la burguesía frente a las otras corrientes del campo social. Reconozcamos que cada una de ellas se cimenta en una convicción hondamente sentida de la verdad y de la justicia que les asiste, de la superioridad de sus ideas y métodos, de la infalibilidad de sus doctrinas. Supongamos en todos nuestros adversarios del campo social, del terreno socialista, el mismo grado de honestidad intelectual y moral que en nosotros mismos. Eso no nos impide criticar sus errores de teoría y de táctica.

¿Cómo resolver la situación creada por esa variedad de movimientos y partidos en el campo social, cada uno de los cuales sostiene con pasión y convicción equivalente a la pasión y a la convicción de los otros la bondad de sus ideas y la superioridad de sus métodos?

Que se nos permita citar un pensamiento de Proudhon, en polémica con Pierre Leroux: "Pasa con los problemas sociales como con los problemas de geometría; pueden resolverse por varios caminos, según el aspecto bajo el cual se les considere. Es útil, es indispensable dar esas diferentes soluciones que, al multiplicar los aspectos de la teoría, agrandan el dominio de la ciencia" ... ("Correspondance", vol. XIV, pág. 290).

El ejemplo de los métodos científicos nos ofrece una salida. Los sabios no se combaten a muerte cuando se hallan divididos por opiniones diversas sobre la verdad; no se ahorcan, no se fusilan, no se destierran, no se calumnian, no se odian ni se persiguen. Se contentan con amontonar respectivamente las pruebas de sus afirmaciones y, como argumento definitivo, recurren al dictado de la experiencia, a la experimentación. Pasó en la ciencia un tiempo lo que pasa hoy en el socialismo: los sabios oficiales, los que tenían la sartén por el mango, hacían quemar como herejes, o los hacían perseguir y desterrar, a los que tenían pensamientos en pugna con las verdades admitidas: un gran martirologio científico, precursor del martirologio social, nos dice en qué medida han sufrido los innovadores de la ciencia a causa de la autoridad infalible de los textos sagrados y oficiales. Esa mentalidad no es ya la de hoy en el terreno científico (lo que no quiere decir

que no pueda volver a ser). Los sabios e investigadores descubrieron un medio eficazísimo para superar todos los verbalismos, todos los apasionamientos dogmáticos, todos los apriorismos y bizantinismos. ¿Para qué degollarse y perseguirse cuando la experimentación puede fallar tan admirable y tan justamente todos los pleitos?

En el campo social el exclusivismo equivale a la mentalidad de los hombres que condenaron a Sócrates, a Giordano Bruno, a Servet, a Vanini. Estamos todavía en aquél estadio lejano y deberemos llegar a una situación equivalente a la de la ciencia moderna: es decir a tomar por suprema garantía de la verdad la libre experimentación, sin necesidad de un previo degüello de los sabios o investigadores en pugna.

Ya que hemos mencionado el programa de la Internacional comunista, volvamos a ojearlo: En uno de sus párrafos se habla de las ideologías hostiles al comunismo en el seno de la clase obrera y se mencionan los sindicatos profesionales, el reformismo "socialista", el socialismo constructivo de Mac Donald, el cooperativismo o socialismo cooperador de Charles Gide y Totomianz, el socialismo gildista de Penty, Orage, Hobson y demás, el auxtro-marxismo, el anarquismo, el sindicalismo revolucionario y algunas derivaciones en los pueblos coloniales, con el sun-yat-senismo, el gandhismo, el garveismo.

Naturalmente el deber de todo buen comunista moscovita consiste en combatir con todos los medios esas tendencias, calumniarlas, etc., etc., labor en que se concentra, más que en la lucha contra la burguesía, la actividad preferida y favorita de la Internacional comunista y sus diversos apéndices.

La socialdemocracia procede lo mismo que los comunistas en la lucha contra sus adversarios en el campo obrero. No hay medio repudiable con tal de que llene el objetivo de desacreditar los partidos y movimientos que no se le someten.

¿Qué hacemos los anarquistas sino otro tanto? Uno de los deberes primordiales del buen militante consiste en llevar una guerra sin cuartel a la socialdemocracia y al bolchevismo. Las justificaciones son las que sobran.

Eso en teoría. En la práctica tenemos a Rusia gobernada por los bolchevistas que, fieles a su sentimiento respecto de las otras tendencias, han consentido en ver resurgir el capitalismo privado antes que dejar el menor campo de acción a socialdemócratas y anarquistas. Se ha buscado la cooperación del capitalismo, pero se ha fusilado en masa y deportado a Siberia o encerrado en las prisiones rojas a socialdemócratas y a anarquistas. Los socialdemócratas, partidarios sin embargo de la democracia, hacen cuanto pueden (recuérdese el primero de mayo de 1929 en Berlín) por librarse de la oposición comunista.

La experiencia rusa con el bolchevismo nos hace prever a nosotros, como partido o movimiento, una suerte no mejor que la que nos depararía el fascismo en los países en donde éste o aquél triunfen. ¿No es trágica esa constatación?

Teóricamente nosotros no admitimos el pensamiento de la dictadura; pero, con la mentalidad reinante ¿consentiríamos a los comunistas y a los socialistas legalitarios el derecho a vivir a su modo en una sociedad en donde nosotros predominásemos por nuestro número o nuestra audacia?

Socialdemócratas y comunistas aspiran a la dictadura absoluta de sus partidos; dictadura parlamentaria, si se quiere, la primera, dictadura sin parlamento, la segunda. El triunfo de esas corrientes significa para nosotros, adversarios, la sumisión o la desaparición. En este sentido, los propios regímenes burgueses, nos dejan mal que mal vivir y desarrollar una cierta propaganda. De antemano sabemos que bajo un gobierno comunista, esas relativas libertades nos serían arrebatadas brutalmente.

Pero pensemos, por nuestra parte ¿qué es lo que haríamos con los comunistas y los socialdemócratas, en el caso, hoy demasiado problemático, de un triunfo anarquista? Que cada compañero se haga esa pregunta en su fuero interno y trate de darle una respuesta. La nuestra es la que sigue:

Antes de la revolución queremos una intensa propaganda en favor de la mutua tolerancia y la difusión de un concepto experimental de la verdad social. Lo mismo que en otros siglos se tuvieron las terribles guerras religiosas y se llegó por fin a convivir en los países llamados civilizados bajo un mismo techo, pacíficamente, no obstante las creencias diversas, así podrían convivir las diversas tendencias del campo social, marchando cada cual por su camino sin necesidad de la guerra a cuchillo que se mantiene con fervor digno de mejor causa. Es decir, quisiéramos que el centro de la propaganda no esté en la lucha contra las corrientes rivales, sino en un sano proselitismo, fruto de nuestro amor a las propias ideas y no del odio a las ideas ajenas. La conversión del campo de la lucha por la transformación social en un campo de Agramante en que se degüellan, materialmente donde es posible, y con el pensamiento en donde no es posible llegar impunemente a los hechos, es un obstáculo insuperable a toda revolución libertadora y justiciera. Como queremos ser "internacionalistas", debiéramos ser "intersocialistas", para usar la expresión de Max Nettlau, el único escritor que vemos insistir hoy con tenacidad sobre este tópico.

Más aún: quisiéramos que nuestra conducta se ajustase a ese criterio y que además tomásemos la iniciativa de llevar esa idea de tolerancia y de convivencia a los núcleos rivales y hostiles. Es preciso saber desde ya cuales son las corrientes sociales que al día siguiente de su triunfo consienten en reconocer a las minorías el derecho a la libre experimentación y cuales son las que preconizan desde hoy la extirpación violenta de las corrientes socialistas que no se sometan a su dictadura, que no renuncien a las propias convicciones y a los propios métodos, sin previo ensayo para probar su valor o su ineeficiencia.

Durante y después de la revolución las realizaciones anarquistas serán nuestro único medio de atraer

a los que no piensan como nosotros hacia nuestras aspiraciones. Es decir, por razón de convicción y de sentimiento, en lugar de la violencia pondremos la persuasión, el ejemplo, la experimentación. Si el ejemplo no convence a los socialistas no libertarios, en nombre de la revolución podremos combatir todo retorno al pasado de esclavitud y de miseria, pero no podremos impedir a los refractarios que experimenten su propio ideal de vida; al contrario, debemos garantizarles esas posibilidades, como reclamamos que se nos garanticen a nosotros para vivir según las normas que estimamos mejores.

Lo mismo que en el campo de la ciencia se ha sustituido la verdad oficial por la experimentación, debemos sustituir el odio y el monopolismo reinantes en el campo social por el derecho de las minorías a seguir su propio camino y a experimentar la bondad de sus interpretaciones y aspiraciones.

No es mucho pedir, y sin embargo es suficiente para dar un nuevo impulso de entusiasmo, de confianza en el porvenir y de vigor interno a todo el socialismo y a todo el proletariado.

PROYECTO DE RESOLUCION

El segundo congreso anarquista de la región argentina constata la existencia de un arraigado sentimiento exclusivista en cada una de las diversas corrientes del campo social y afirma que la obra libertadora de la revolución espiritual y material es incompatible con la interpretación monopolista y absolutista de la verdad.

Considera que la libre experimentación es el supremo criterio de veracidad y reivindica para las minorías sociales revolucionarias, antes, durante y después de la revolución, el derecho y la posibilidad de vivir su vida, según sus propias normas y aspiraciones.

En consecuencia afirma la necesidad de llevar el concepto de la tolerancia y de la convivencia al campo de las distintas corrientes y movimientos sociales revolucionarios, tolerancia que no significa de ningún modo la abdicación o el abandono de los principios y de la táctica de cada uno y en cambio prepara las condiciones espirituales para la transformación de la sociedad y ofrece las mejores garantías de una labor constructiva y del libre desenvolvimiento de los individuos y de los grupos.

Siendo el ensayo y la experimentación quienes deben determinar las formas futuras de la vida libre, los anarquistas antes de la revolución afirman su fe antiestatal y anticapitalista y después de la revolución, en mayoría o en minoría, no pueden recurrir más que al ejemplo y a la persuasión para hacer obra de proselitismo entre las otras corrientes socialistas y en el seno de la población laboriosa.



GEORGES RAGEOT

Páginas inéditas de Emilio Zola

Quizás, como lo asegura Emanuel Perl en su panfleto "Mort de la pensée bourgeoise", los literatos burgueses de nuestro tiempo han olvidado magistralmente al autor de los Rougon-Macquart: "El pequeño y el gran comercio, la prostitución, el crimen, la tierra, el dinero, la burguesía, el pueblo, el que se pudre en la cloaca de los suburbios, el que se rebela en los grandes centros industriales; todo ese impulso creciente del socialismo, soberano adulto del engendro del mundo nuevo" ... Pero el pueblo no cesa de leer a Zola con mucho fervor y en usiasmo; devuelve amor por amor. En París, según las estadísticas oficiales de las bibliotecas municipales, Zola es el escritor más solicitado; no tengo las cifras en la memoria, pero sobrepasa en casi la mitad a los que vienen luego: Alejandro Dumas padre, el cual no debe por otra parte ese éxito más que a jóvenes admiradores enamorados de aventuras supuestamente históricas; después Víctor Hugo. Sus ediciones mundiales no cesan de multiplicarse; su yerno, M. Le Blond acaba de establecer una lista monumental agrupando y anotando piosamente su obra completa. Después de Hungría, Rusia la publicó igualmente, hace poco, bajo la dirección inteligente de Mark Eichenholz. Editores de Polonia y de Rumania la preparan. Desde fines del último siglo, es fácil seguir en el mundo entero la obra naturalista actuando por la verdad social, por la justicia.

También, a no dudarlo, la influencia sorda pero poderosa de Zola en la literatura francesa es evidente. Marca todavía nuestra época; hace dos años una enciclopedia de "Comoedia" lo demostró (con gran desprecio, sin duda, de los "enquêteurs", bien asegurados de lo contrario).

Habiendo estudiado sus notas de trabajo, tuve placer en poner de manifiesto convicciones asombrosas, las temibles conclusiones de un hombre suave y cándido, pero valeroso, que pasó su vida en establecer el proceso de la sociedad. Sin odio, inmensamente bueno, ha querido "decirlo todo, conocerlo todo, para curarlo todo"; tenía la pasión de la verdad, de la justicia, lo grita: "No tengo más que una pasión, la de la luz, en nombre de la humanidad que ha sufrido tanto, y que tiene derecho a la felicidad". Cita los hechos, descubre los móviles; sus documentos son acusaciones, la vestimenta de sus novelas es una requisitoria. Defendiéndose contra los odios que promueve, deplora:

"Ay, yo he atenuado. La miseria estará muy cerca

de ser aliviada el día en que se decida uno a conocerla en sus sufrimientos y en sus vergüenzas. Se me acusa de fantasía grosera y de mentira premeditada sobre pobres gentes que me han llenado los ojos de lágrimas. A cada acusación podría responder por un documento. ¿Por qué se quiere que calumnie a los pobres? No he tenido más que un deseo, mostrarles tales como nuestra sociedad los hace, y promover tal piedad, tal grito de justicia, que Francia deje por fin de dejarse devorar por un puñado de políticos, para ocuparse de la salud y de la riqueza de sus hijos".

Y en las ocasiones de "La Tierra", de "L' Assommoir", de "Germinal", de "La Debacle", bajo su piedad indignada, la multitud laboriosa de los campesinos, de los obreros se ha levantado; las muchedumbres miserables y dolorosas han gritado sus penas, sus esperanzas.

He querido copiar esta primera y conmovedora hoja del manuscrito de "La Tierra":

"La Tierra" es la historia del campesino francés, su amor al suelo, su larga lucha por poseerla, sus trabajos aplastantes, sus cortas alegrías y sus grandes miserias. El campesino se encuentra estudiado allí en sus relaciones con la religión y la política, y su condición presente es explicada por su historia pasada; hasta el porvenir está indicado allí, el papel posible del campesino en una revolución socialista. Claro está, todo eso se encuentra en el fondo del drama y ese drama es el de un padre que reparte sus bienes entre sus hijos antes de su muerte: de ahí todo un martirio lento y abominable, toda una situación trágica, donde se agitan cerca de sesenta personajes, y que pone en conmoción a toda una aldea de la Beauce; sin contar una acción secundaria, el aspecto pasional, la querrela de dos hermanas a quien la venida del hombre separa, siempre a propósito de una cuestión de propiedad. En suma, he querido hacer para el campesino en "La Tierra" lo que he hecho en "L' Assommoir" para el pueblo de los suburbios de París: escribir su historia, sus costumbres, sus pasiones, sus sufrimientos, bajo la fatalidad del ambiente y de las circunstancias históricas".

También este otro pasaje de "Germinal":

"Me gustaría terminar con "Germinal". Todos trabajan en el fondo, con el rencor sombrío, los golpes de pico subterráneos, el silencio grande de un porvenir terrible, con palabras de venganza pronuncia-

das con los dientes cerrados. Y encima abril germinando, el sol levantándose sobre la campiña. La calma, la bella mañana fresca. La tierra sorda de un denso rumor, y el siglo futuro todavía en germen en los surcos, haciendo ya estallar el suelo.

"No han luchado ni sufrido inútilmente. El mañana".

Durante veinte años Zola se encarniza en denunciar todos los crímenes, todas las miserias; lucha hasta la desesperación, lo confiesa en "El ensueño". Pero su fatiga no duró; puesto que las formas malas no ceden nunca, con igual energía debía atacar en "El Dinero" y en "La Debacle" a esas gentes siempre dispuestas a sacrificar a los demás por "una bandera, por la cual no han muerto, desgraciadamente". Mme. Le Blond-Zola escribía de esa novela: "La Debacle" es una severa requisitoria contra el ejército mal organizado, contra los generales incapaces, un libro de piedad para los hombres de tropa".

Pero de repente, con el "Doctor Pascal", el escritor generoso lanza un grito de ardiente confianza. Escribe a la cabeza de la última novela de la serie de los Rougon-Macquart:

"Plan definitivo.

Desbordante de abnegación, de bondad y de alegría. Un cántico a la vida, un grito de salud sin embargo, de esperanza en el porvenir.

Explicar toda una serie, concluir por una amplia confianza en la vida".

Desde entonces no más rencor, no más tristeza; es preciso "regenerar las fuerzas vivientes de la humanidad" en "la generosa pertinencia de la conciencia", por "la ley del trabajo y del amor", "la religión del derecho y de la ciencia"; es preciso crear organismos nuevos "capaces de luchar y de vencer las fuerzas de la naturaleza y de la sociedad".

Por tanto, el veredicto será despiadado. Zola lo repite con el lápiz azul en los escritos de "Lourdes, Roma, París":

"Contra el clericalismo, contra el militarismo, contra el capitalismo — las tres plagas: la iglesia, el cuartel, la gran propiedad — destruirlos, sin lo cual la república no existe".

Solamente después en un ímpetu hacia la esperanza, porque "es preciso la mayor felicidad realizada de todos", podrá predicar sus "Evangelios: Fecundidad, Trabajo, Verdad, Justicia".

"Es la conclusión natural de toda mi obra; después de una larga constatación de la realidad, una prolongación en el mañana, y de un modo lógico, mi amor a la fuerza y a la salud y al trabajo; mi necesidad latente de justicia brillando al fin. Quisiera un optimismo brillante; abro el siglo próximo".

"Fecundidad" ante todo, porque como dice Mateo, el héroe del primer evangelio:

"De repente se le aparece una verdad. Pero esas gentes no aman: son incapaces de amar. Y de ahí todo el mal, las perturbaciones, los sufrimientos, las familias poco numerosas. Todo por el egoísmo personal, el dinero, la ambición, el placer. No aman a sus mujeres, ni siquiera a sus queridas; incapaci-

dad de amor y de ahí la sociedad actual. Nada de hijos. Mientras que él, Mateo, adora a Mariana, que le ama. De ahí la numerosa familia aceptada (lo contrario de los otros, sencillez, no ambiciones, trabajo, amor). Comprende que su gran fuerza es el amor, la capacidad de amar. Todo le saldrá bien por eso, será feliz, creará, dejará una obra".

Y el maestro notará ese principio primordial:

"La natalidad, cuestión madre: la verdad, la justicia por el impulso del mayor número, la fecundidad revolucionaria del trabajador y del pobre. Lo más de vida por lo más de felicidad. El capital creado de la carne de miseria para la persistencia de los beneficios. Demasiados hijos para que haya bastantes obreros a bajo precio. Desequilibrio político, económico. Honrar el trabajo obligatorio, distribuir las riquezas".

El tema magnífico de "Trabajo" es encarado desde entonces; será el decisivo combate entre la concepción envenenada del salariado y la organización bienhechora; un estudio compacto y preciso donde se discuten rigurosamente, paso a paso, todas las angustias económicas de la hora presente, donde se caldean proyectos netos, lógicos.

"Y serán los beneficios inesperados de nuestra edad, la igualdad económica obtenida así en fin como lo ha sido la igualdad política, el justo reparto de las riquezas vuelto en lo sucesivo fácil, el trabajo obligatorio restablecido en su gloriosa necesidad. No es verdad que él sea impuesto a los hombres en castigo del pecado: es al contrario un honor, una nobleza, el máspreciado de los bienes, la alegría, la salud, la fuerza, el alma misma del mundo que está siempre en labor, en creación de futuro. Es el trabajo el que puso al niño en el mundo, es trabajo la vida vivida normalmente, sin perversión imbecil, el ritmo mismo de la gran tarea cotidiana que lleva al mundo a la eternidad de su destino. Y la miseria, el crimen social abominable desaparecerá, en esa glorificación del trabajo, en esa distribución entre todos de la universal tarea, habiendo cada cual aceptado su parte legítima de deberes y de derechos.

Y que crezcan los niños, serán instrumentos de riqueza, acrecentamientos del capital humano, de existencia libre y feliz, sin que los hijos de los unos puedan ser carne de esclavitud, de matanza o de prostitución, para el egoísmo de los hijos de los otros. Es la vida todavía la que habrá vencido, el renacimiento de la vida aplastada bajo la larga, la execrable pesadilla del catolicismo, de que los pueblos han ensayado ya en dos ocasiones, en el siglo XV y en el XVIII, de libertarse violentamente; y a quien expulsarán por fin el día próximo en que la tierra fecunda, la mujer fecunda se vuelvan a convertir en el culto, en la omnipotencia y en la soberana belleza".

Me ha parecido infinitamente curioso transcribir aquí las impresiones breves de Zola después de una visita a las fábricas de acero y forjas de Jacob Holtzer de Unieux. Estas notas impresionantes son extraídas de la documentación enorme que sirvió para formular el segundo evangelio:

"Fábricas de acero y forjas de Unieux.

"Actualmente, la fábrica ha quedado en la familia. Nada de acciones, los beneficios no son repartidos más que entre los miembros de la familia. Los dos directores son: M. B. (hijos del viñero) y de su primo Holtzer, nieto de Jacob. Los dos castillos, uno de cada lado, a la derecha y a la izquierda, y debajo la fábrica, la aldea obrera, al borde del riachuelo. Nunca un ejemplo mejor, más palpable, de lo que se ha llamado la feudalidad industrial. En tres generaciones, lo que era el abuelo, simple obrero, y lo que son Holtzer y Menard, el nieto y el marido de la nieta. La gran fortuna ganada, el país conquistado, los dos castillos construidos, dominando el valle, donde el pueblo obrero queda aplastado, sin haber ganado nada en bienestar, en valor moral y físico. El statu quo de la miseria y del sufrimiento abajo, mientras que uno de los suyos se ha separado, ha crecido en riqueza, y desde entonces el lujo, la instrucción, el refinamiento, los disfrutes, los privilegios. Tal ejemplo tiene esto de terrible que, por uno que triunfa, millares quedan abajo, mientras que se les dice: "Ya veis que la riqueza es accesible a todos y que no tenéis más que trabajar, para ser como ese.

Lo que es falso, porque sería preciso estudiar las condiciones del éxito de tal familia. Es bueno cuando es debido al trabajo, a la inteligencia, al ahorro, pero no es menos un robo sobre la masa, sobre la muchedumbre. Porque se lega pronto al ocioso que se aprovecha del trabajo paterno, que termina en el destornillamiento, en la locura.

Como quiera que sea, en el obrero que triunfa hay una acumulación de fuerzas ancestrales, la larga lucha de los antepasados para llegar a la fortuna, a la felicidad; la tenacidad, la economía, etc.... Mientras que, en la descendencia del obrero llegado, que crea una dinastía feudal, estallan de inmediato las taras del disfrute y del refinamiento. En tres generaciones lo que se ha observado: Individuos duros y despóticos, el cerebro desequilibrado por los refinamientos de las artes. Una novela: un obrero, donde se ha acumulado toda la energía de la raza, que trabaja y hace fortuna, y sus hijos son todavía valientes, fundando la dinastía, la feudalidad; desde sus nietos comienza la locura de la posesión y sus biznietos son los locos que yo sé.

Ver el retorno de la fortuna al pueblo por la fuerza natural de las cosas.

O por una donación de un sabio o de un destornillado en una hora de presciencia — lo que sería utopía pero constituiría un buen símbolo y permitiría deducir la lección de lo que, M. D. llama "una familia de obrero".

Porque ha constatado la detestable realidad, porque quiere apasionadamente la verdad y la justicia, Zola no vacila ya, para regenerar al mundo por la fecundidad y el trabajo.

"No hay otra salvación más que en el pueblo; la próxima revolución que no habría que hacer sangrienta. Y el combate por eso mismo contra la revolución, contra la ciencia, contra la democracia,

todo eso puede impedir lo inevitable; la llegada del pueblo al poder, la revolución completa, el tercer orden suprimido, reemplazado por el pueblo.

No se realiza jamás todo el ideal. No se debería contar con un triunfo de apoteosis. El tren de la vida no va así. Cada progreso ha sido conquistado por siglos de luchas. La batalla es sin tregua contra las fuerzas malas, y es irrazonable creer que se va a abatirlas de un solo golpe. Pero no hay más que continuar la lucha, y la victoria es no obstante todo segura, en un porvenir más o menos lejano.

Pero la certidumbre cada vez mayor de que la burguesía ha terminado y de que la salvación no puede venir más que del pueblo. El socialismo; completarlo, la nación dueña de sí misma, consciente de su fuerza. Una verdadera democracia basada en el conocimiento experimental, libertada de las mentiras religiosas, de la iglesia y capaz de justicia...

La burguesía ha traicionado su pasado revolucionario, para tratar de salvaguardar su privilegio capitalista y permanecer clase dirigente. Habiendo conquistado el poder, no quiere pasarlo al pueblo, se inmobiliza, se alía a la reacción, al clericalismo, al militarismo. Más voltairiana. Ha aceptado la igualdad política, no quiere ya la igualdad política.

Y más lejos continúa. ... "yo debo poner aquí la idea importante, decisiva, que la burguesía ha terminado su misión, que ha pasado a la reacción para conservar su poder y sus riquezas, y que toda la esperanza de las energías de mañana está en el pueblo".

Convencido, afirma:

"Todo nos muestra que el problema a resolver está en hacer la instrucción y la educación de la multitud, en ayudarla a conquistar su derecho a la vida completa, a la del cuerpo y a la del espíritu. Es por la verdad como se combatirá la ignorancia, el envenenamiento del catolicismo y del militarismo. Es por la verdad como se libertará al pueblo.

"En suma, en la base de todo, la instrucción que debe hacer al pueblo consciente de sí mismo, hacerle capaz de justicia y darle el poder por la bancarrota de los radicales, de la burguesía poseedora, que no quiere dejar el poder, y está destinada a ser desposeída por el socialismo, por el pueblo".

Zola escribió estas últimas frases cuando preparaba "Verdad", hace veintiocho años. La muerte no le permitió realizar la "Justicia". Su pensamiento fecundo ama la acción social. Sin buscar otras literarias, es, me parece, su más bella gloria. La de haber dado, uno de los primeros, "el hachazo en el edificio social carcomido", el de haber comprendido apasionadamente que había "de un lado los conservadores, las gentes del pasado. Del otro lado, las gentes del porvenir, los revolucionarios".

Los antropoides, al acercarse al hombre, se despojan de la cola; las inteligencias, al perfeccionarse, pierden la religiosidad.

M. GONZALEZ PRADA

POLEMICAS

ECONOMIA BURGUESA

He aquí como el "Giornale d'Italia" responde al diputado socialista Turati, que atribuye a la guerra en Tripolitania el acrecentamiento de miseria en la clase obrera:

"Ella (la guerra), si no ha aumentado, al menos no ha disminuido de ningún modo el movimiento económico en Italia, porque centenares de millones han sido gastados en el país en provisiones, equipos, etc." ¡Confesión culpable!

El "Giornale d'Italia" ¿no se da cuenta de que esas palabras denuncian todo el absurdo y toda la infamia del régimen social actual?

En el caso y el momento presentes, es evidentemente Turati el que tiene razón. Al privar de capitales importantes a las industrias y a los comercios ordinarios, para dedicarlos a las fabricaciones y especulaciones guerreras, al cerrar a la exportación italiana los mercados turcos y provocar con ese hecho una restricción del crédito y una depreciación del billete italiano, la guerra ha causado indudablemente un desequilibrio económico que se traduce por un amento de desocupación y por tanto de miseria. Sería absurdo o cínico querer negarlo.

Pero si se considera la sociedad actual en sus grandes líneas, en sus fenómenos generales y permanentes, el órgano del jefe conservador Sonnino emite una gran verdad a la cual, con su asombro quizás, se adherirán Turati y con él todos los socialistas y todos los anarquistas.

Veamos, la guerra es causa de un aniquilamiento considerable de riquezas, necesita la producción de un montón de cosas inútiles y nocivas, favorece una cantidad de especulaciones y de banditismos que quitan a los trabajadores todavía una parte de lo poco que les deja el funcionamiento normal de la explotación capitalista — y el economista del "Giornale d'Italia" estima que hace bien porque aumenta "el movimiento económico del país, es decir proporciona trabajo a los obreros y procura negocios a los industriales y a los comerciantes".

Con ese razonamiento, los temblores de tierra, los incendios, las inundaciones serían poderosos factores de bienestar y el que les hubiera provocado expresamente merecería bien de la patria.

Eso parece absurdo y sin embargo es así, al menos en parte.

Con un régimen social en que tantas gentes carecen de las cosas más necesarias a la vida, mien-

tras que tantos obreros permanecen ociosos y hambrientos "por falta de trabajo", cuando podrían producir esas cosas indispensables, se comprende que las calamidades públicas, la destrucción prodigiosa de las riquezas puedan constituir el negocio de ciertas categorías de gentes, proporcionándoles la ocasión de trabajar o de traficar. Considerándolos así se puede efectivamente hallar una utilidad en todos esos trabajos, inútiles y perjudiciales en sí mismos, y en los cuales se derrocha hoy tanta energía humana.

¿Qué las mercaderías son expedidas a lo lejos, para ser transportadas de nuevo y vendidas en el país de origen? Eso da trabajo a los marinos, a los estibadores, a los dependientes, etc.

¿Los fabricantes gastan sumas fabulosas en "reclame", a fin de inducir al público, cada cual por su cuenta y a fuerza de mentiras, a comprar tal producto más bien que tal otro de un rival? He ahí trabajo para los tipógrafos, litógrafos, agentes de publicidad y un número incalculable de personas de diversas profesiones que quedarían sin ocupación si no se usasen más esos engaños y si se confiase únicamente, para vender sus mercaderías, en sus cualidades reales!

¿Se fabrican barcos de guerra, los cuales quizás — y eso sería precioso — no servirán nunca para nada? Eso dará ocupación a los obreros de los arsenales.

¿Se consumen millones en "trabajos públicos", ejecutándose expresamente mal para tener que rehacerlos luego? Eso hace trabajar a los albañiles, así como a todos los obreros de la construcción.

¿Se hacen innumerables objetos de lujo, de buen como de mal gusto, cuya confección podría redondamente ser calificada de criminal, puesto que no se ha provisto previamente a lo necesario para todos? ¿Sin ese lujo un fuerte contingente de trabajadores quedarían desocupados?

Todo eso aparece absurdo para quien estima que la ordenación del trabajo humano debería ser hecho de un modo tal que el mínimo de esfuerzo de cada uno produjese el máximo de bienestar para todos. Pero estamos en régimen capitalista: la producción es regulada por los capitalistas que se hacen habitualmente concurrencia entre sí, preocupados únicamente de sus beneficios y no teniendo ninguna consideración para los intereses de los trabajadores y de los consumidores. Resulta de ahí un monstruoso estado de cosas donde, por algunos privilegiados, una parte de la población es extenuada

de fatiga, mientras que otra parte queda desocupada forzosamente. Con tal estado de cosas, todo lo que contribuye de algún modo a dar trabajo, a hacer "marchar el comercio" se convierte en una bendición.

Cuando un hombre muere de hambre, porque no tiene nada que hacer, se estimará feliz si le pagáis para abrir una fosa y tapanla luego otra vez, y para continuar así, abriéndola y volviéndola a tapar sucesivamente; ese será un trabajo ridículo, idiota, envilecedor, pero el hombre recibirá un salario que le hará vivir; por consiguiente para él no es un trabajo inútil.

Si el "Giornale d'Italia", que no tiene ningún respeto por los hechos, tiene al menos algo por la lógica, podrá continuar ensalzando los "beneficios" de la guerra, pero deberá convenir en que la sociedad que defiende es una cosa bien villana.

Lo que hemos dicho más arriba nos sugiere otro orden de consideraciones.

Algunos confían que el militarismo será automáticamente destruido por el aumento continuo de los gastos que requiere. El temor a la bancarrota, dicen, forzará a los Estados a desarmarse. Según nosotros, la verdad es muy distinta. Aparte de la necesidad, para las clases dirigentes, de un ejército, y de un ejército cada vez más fuerte, para garantizarse contra las amenazas crecientes del proletariado, los gastos militares sirven todavía para hacer vivir a una buena parte de esa población que los capitalistas no llegan a ocupar — y son, por eso mismo, desde el punto de vista estrictamente económico, un medio para mantener el juego de sus privilegios.

En otro tiempo hubiese sido imposible eximir tantas fuerzas de la producción de las cosas necesarias a la vida. Pero a medida que con la invención de las máquinas y los progresos de la química y otras ciencias, la productividad del trabajo aumenta, el número de los brazos disponibles se acrecienta, y esos brazos, dejados sin ocupación, podrían volverse molestos y peligrosos. El ejército, la flota y los trabajos de todo género exigidos por la preparación de la guerra, hacen el lugar de válvula de escape.

Ciertamente, se podría, incluso en un régimen capitalista, imaginar un sistema más racional, donde todos puedan hacer servir su trabajo a una producción útil que aumentaría el bienestar de todos, sin disminuir los disfrutes de los privilegiados. Pero capitalistas y gobernantes no han tenido la inteligencia o la intención de obrar de ese modo, prefiriendo tener soldados para atacar y defenderse. Y es así como hoy las cosas están como están: intereses colosales se han desarrollado alrededor del militarismo, y si mañana por una hipótesis inverosímil, los gobernantes quisieran seriamente desarmarse, provocarían una crisis terrible que sería probablemente el fin del régimen. ¡Se guardarán bien de ello!

No hay ninguna esperanza, por consiguiente, de que el militarismo muera de muerte natural; como

por otra parte no hay ninguna esperanza de que el régimen burgués caiga por sí mismo.

Si el pueblo quiere ser libertado de ese vampiro homicida que se llama militarismo, debe trabajar en esa liberación haciendo propaganda entre los soldados y preparándose a combatir contra los soldados que permanezcan inaccesibles a la propaganda.

Si los obreros quieren desembarazarse del régimen capitalista, es preciso que lo maten.

1914.

SOBRE LA PRACTICA DE LA LIBERTAD

DE UN COMUNISTA A MALATESTA: Me dirijo a los anarquistas y en particular al querido Malatesta, a quien me atrevo a llamar camarada, afirmandoles ante todo que no, les defino ni "exaltados" ni "aventureros de la revolución", porque todo comunista sensato sabe que el anarquismo no hace política y por consiguiente repudia la aventura, y que anarquía significa perfecta concepción de la Libertad (con mayúscula), por tanto cima sublime del desenvolvimiento de la humanidad.

Esto lo sabemos, lo decimos y el camarada Malatesta no debía tomar a mal calificativos que no calificaban nada y que no eran más que autodefiniciones de quienes los pronunciaban. A lo sumo, era preciso repetir mentalmente, "no te preocupes de ellos".

Y ahora discutamos:

"Pero los comunistas de Estado, más todavía que los otros autoritarios, son incapaces de concebir la libertad y de respetar en todos los seres humanos la dignidad que quieren o deberían querer que se respete en ellos".

Esta es una frase de la respuesta de Malatesta a mi camarada "effe". Yo replico. Es una cuestión de derecho revolucionario. La Libertad, esa Libertad (con mayúscula) de que he tenido ocasión de hablar más arriba, no es una diosa como para poner de inmediato en circulación.

Porque "si el oprimido se encuentra siempre en estado de legítima defensa y tiene siempre pleno derecho a rebelarse sin esperar que se llegue a los fusilamientos" y si "el ataque es el más seguro medio de defensa" después que el pueblo ha desencadenado el ataque y ha sufrido los fusilamientos, después que ha derribado la fuerza armada del gobierno, después que ha sostenido esa terrible lucha y obtenido la difícil victoria, ese ex-oprimido ¿tiene o no el derecho a defender la revolución?

Un escrito de Carlo Pisacane que tengo al alcance de la mano, afirma: "La revolución es siempre una lucha de oprimidos contra una clase opresora. La revolución se realiza cuando las instituciones, los intereses cambian". ¿No os parece, camaradas anarquistas, que la revolución comunista cambia un poquito las instituciones y los intereses?

Por otra parte, una vez pasada la terrible tempestad que haya derribado el estado de cosas de que ha salido ¿no parece humano suprimir a los amos de ayer la libertad de organizar la reacción?

La libertad, la libertad, muy bien. Nosotros también tenemos la concepción de la libertad en el sentido absoluto de la palabra, yo también, que no soy anarquista, quisiera conocer el tiempo de la anarquía, pero será preciso un rato todavía hasta ese tiempo.

Ha ocurrido siempre así de una era a la otra, desde que el hombre se distingue de las bestias; el camino ha sido cada vez más duro, a veces se "marca el paso", después, superado el obstáculo, se avanza con más decisión pero se cuida uno bien de consolidar el terreno ganado no derramando la libertad más que en pequeñas dosis hasta que esa humanidad que ha conquistado sus derechos humanos tenga conciencia de ella. Al obrar así se evitará que la parte de la masa que ha permanecido del lado de acá del grado de evolución que acaba de crearse, pueda, por inconsciencia volver a dar vida al régimen que acaba de ser pasado.

Es por eso, querido Malatesta, que se requiere la libertad por pequeñas dosis, lo que es ciertamente menos injurioso que el procedimiento de los gobiernos burgueses, hasta que la educación del pueblo permita realizar el "no hagas a otro lo que no quieres que se te haga", esperanza de la conciencia.

Para concluir, al día siguiente de hoy es comunismo, comunismo! Unificación de los pueblos, abolición de las fronteras, igualdad de derechos para toda la especie humana.

¡Comunismo! encaminamiento hacia la libertad y la elevación pasando por las necesarias restricciones a la libertad y por todos los duros actos de dominación.

¡Comunismo! última etapa en el camino de la doliente humanidad, después... anarquía.

Joaquín BUSCEMI

Palermo, octubre.

RESPUESTA DE MALATESTA: El amigo Buscemi dice en sustancia que después de haber hecho la revolución emancipadora, se entiende, y no simple cambio de opresores, — es preciso todavía defenderla contra las tentativas posibles de reacción.

¿Y quién podría pensar de otro modo? Pero toda la cuestión está en saber cómo puede ser defendida la revolución.

La revolución que nosotros queremos quitará el poder y la riqueza a sus detentadores actuales y pondrá la tierra, los instrumentos de trabajo y todos los bienes existentes a disposición de los trabajadores, es decir de "todos", porque todos deben "convertirse" en trabajadores. Y para defender esa revolución, será preciso que los revolucionarios velen porque ningún individuo, ningún partido, ninguna clase pueda hallar los medios de constituir un gobierno y de restablecer el privilegio económico en favor de nuevos o de antiguos amos.

Buscemi entiende por defensa de la revolución el dar a algunos el poder de limitar la libertad de los otros; no ve que eso terminaría por matar la revolución misma, porque los que tienen el poder quieren conservarlo, tienen necesidad para eso de crear

por favores y privilegios una clase interesada en la permanencia de su dominación y en sofocar por la fuerza toda peligrosa oposición.

En ese terreno no hay verdaderamente medio de entenderse.

En verdad, yo creo que Buscemi imagina a la población netamente dividida en elegidos, en reprobados y en... neutros, en otros términos en revolucionarios a quienes dejaría de buena gana completa libertad, en reaccionarios a quienes haría sentir un puño de hierro y en inconscientes a los cuales administraría la libertad por contagotas.

Y naturalmente si los que él tiene por revolucionarios tuviesen el poder, todo, según él, iría a maravillas. Pero las cosas no son tan simples.

¿Quiénes son los verdaderos revolucionarios? ¿Y cuántos, adversarios del privilegio solamente porque no son ellos mismos privilegiados, están dispuestos a renegar de la revolución si pueden posesionarse de privilegios para ellos?

Todo hombre que se mezcla en la cosa pública halla quien le considera como revolucionario y quien al contrario le toma por contrarrevolucionario. Estos "conscientes" clasifican como "inconscientes" a todos los que sin ser sus adversarios activos no piensan lo que ellos mismos piensan. Así Lenin es para mí un contrarrevolucionario; para él ciertamente el contrarrevolucionario lo soy yo. Nosotros juzgamos inconscientes a la masa católica; los católicos nos tienen a nosotros por abortos del infierno.

¿Y entonces?

¿Deberemos por tanto, después de haber derribado el poder actual — poder político y económico — tratar de masacrarnos y de aprisionarnos unos a otros? ¿No sería más práctico — aun dejando a un lado la cuestión moral más importante — no sería más práctico respetar la libertad de todos y oponernos a quien quiera violar la libertad ajena?

Buscemi quisiera la libertad derramada en pequeñas dosis como los vasitos. Pero no se ha preguntado quien será el tabernero — Mussolini, "Benito", que constituye hoy nuestra delicia? Ciertamente no, está ya demasiado comprometido y cuando caiga, caerá por completo y para siempre. Pero hay Mussolinis a centenares y millares y todos están dispuestos a usar todas las máscaras imaginables siempre que sus instintos de dominación o simplemente de bajos disfrutes materiales puedan ser satisfechos. ¿Cuál es el criterio para una elección?

Y además ¿quién elegiría? Sería preciso aceptar la dominación del primero que haya conseguido tomar el poder y proporcionarse el medio de afirmarse allí y de reducir a la impotencia a todos los recalcitrantes.

No, para defender y salvar la revolución, no hay más que un medio: llegar al fondo.

En tanto que un hombre pueda obligar a otro a trabajar para él, en tanto que un hombre pueda violentar la libertad de otro por la fuerza o por el hambre, tomándole por el pescuezo o por el vientre, la revolución no habrá terminado, estaremos todavía en estado de legítima defensa y contra la vio-

lencia que oprime aprobaremos la violencia que liberta.

¿Teméis que los burgueses desposeídos pongan a sueldo a los inconscientes para restaurar el orden derribado? Desposeedlos enteramente y veréis cómo sin dinero no se tiene a sueldo a nadie.

¿Teméis la reacción militar? Armad la población. Ponedla en posesión real de todos los bienes, de suerte que cada uno tenga que defender su propia libertad y sus posibilidades de bienestar y veréis si los generales en vena de aventuras hallan quien les sigue.

Pero si ocurriese que un pueblo armado, en posesión de la tierra, de las fábricas, de todas las riquezas, es incapaz de defenderse y se dejase someter de nuevo al yugo, es que ese pueblo será todavía inapto para la libertad, la revolución habría fracasado.

A la posible incapacidad popular no se remedia poniéndose uno mismo en lugar de los opresores caídos. Sólo la libertad y la lucha por la libertad pueden ser escuela de libertad. Pero diréis, para comenzar y terminar una revolución, es preciso una fuerza armada y organizada. ¿Y quién lo duda? Pero esa fuerza armada (o mejor las múltiples organizaciones armadas de los revolucionarios) hará obra revolucionaria si sirve para libertar al pueblo y para impedir toda constitución de gobierno autoritario. Al contrario, será instrumento de reacción y destruirá su propia obra si quiere servir para imponer un tipo dado de organización social, el programa especial de un partido dado.

Errico MALATESTA

¡ACABA DE APARECER!
ESTATISMO Y ANARQUIA

por

MIGUEL BAKUNIN

Tomo V de las obras completas del gran revolucionario ruso.

Prólogo de Max Nettlau.

Traducción de A. Schapiro y D. A. de Santillán

UN VOLUMEN DE 320 PAGINAS

Precio: \$ 1.50

EDITORIAL "LA PROTESTA"

PERU 1537

Bs. Aires

Medioevalismo

Del Boletín de prensa de la Internacional de los Trabajadores de la Enseñanza, tomamos el siguiente caso, característico del medioevalismo que se está imponiendo de nuevo otra vez en el mundo

Hace tiempo el famoso tribunal de Dayton, en los Estados Unidos, condenaba la enseñanza del darwinismo. Ahora acaba de encontrar su igual en la república alemana, "el país más libre del mundo". El año de 1924, los obreros de la ciudad industrial Offembach - am - Main, abandonaban la Iglesia, cada vez en mayor número; los clérigos resolvieron entonces llevar a cabo un ataque de gran estilo contra nuestro camarada el maestro libre-pensador Weber. Se fraguaron contra él "faltas profesionales" y se le suspendió.

Iniciado el proceso, seguido por los capellanes Schneider y Hartman, el tribunal administrativo de Darmstadt, acaba de condenar a Weber: nuestro camarada es exonerado definitivamente y cobrará tan sólo el 75 o/o de su jubilación durante tres años, a partir de su exoneración, y el 50 o/o durante los dos años siguientes; se le condena, además, a los gastos del proceso. He aquí los puntos sobre los que descansa la acusación:

- 1.º Weber habría declarado que el diablo no existía.
- 2.º Weber habría señalado el parentesco entre el hombre y el mono.
- 3.º Weber habría insistido sobre el hecho de que los perros, por ejemplo, son mamíferos, como el hombre, etc.
- 4.º Weber, sobre todo, habría escrito sobre la pizarra de su escuela (internacional), lo siguiente: "Nosotros estamos sobre la tierra para vivir como buenos camaradas", en lugar de escribir, por ejemplo: "Nosotros estamos sobre la tierra para servir a Dios y serle agradables".

Tal es, en nuestra época, la tutela del clericalismo sobre la escuela alemana. Es fácil prever lo que será mañana si se firma el Concordato, consecutivo a la política de coalición social-demócrata con los partidos burgueses y si la reacción cultural triunfa en toda la línea.

Weber ha caído víctima de la capitulación de parte de la izquierda, que sacrifica en Hesse las reivindicaciones culturales a la coalición.

Más sobre la verdad y sobre la contradicción

Carta de P. J. Proudhon a M. Clerc

PASSY, 16 DE MARZO DE 1863

Mi querido señor Clerc

Puesto que su carta me llega en un momento en que estoy en tren de escribir, quiero responderle de inmediato. Y para entretenerle en esta disposición polémica, no olvide, en el porvenir, que las más largas cartas, cuando vienen de una mano amiga, son para mí las mejores; que nada me molesta en ellas, que todo me agrada, al contrario; todo, le digo, las objeciones, los reproches, las burlas, como las verdades y los testimonios de amistad. Hallo en todo instrucción y provecho.

Le he dicho, querido señor, que no me releía nunca. He aquí una nueva prueba, y que le parecerá singular. ¡Sepa que sus citas me han maravillado! ¡Qué bien dicho, pensaba yo al leerle, qué bien está eso! ¡Y cuánta razón tengo! ¡Cómo he podido dar tan en lo justo, en un asunto tan escabroso y en apariencia tan paradójica? He ahí lo me decía al leerle; por lo cual usted vé que estoy lejos de reconocer la contradicción que me reprocha.

Su carta es muy bella, muy bien escrita, muy instructiva y sobre todo muy alegre; pero permítame agregar, querido señor, que de un extremo al otro es siempre el mismo pensamiento, siempre la misma objeción la que usted agita, siempre la misma contradicción la que usted cree descubrir, la que me representa y la que le embaraza. Uno solo de los pasajes que usted me ha citado podía bastar; pero usted ha creído, así parece, que no citando más que una o dos líneas, yo no abarcaría su pensamiento; usted creyó que yo no vería en un pasaje único más que una frase equívoca, un lapsus calami, mientras que hay todo un dogma. Puedo certificarle, al respecto, que si olvido mi redacción, no olvido mis ideas; y que todo lo que usted me reproduce, lo he comprendido perfectamente y he querido escribirlo en el sentido que le escandaliza. ¿Cómo entonces se armoniza eso, me pregunta, con lo que he dicho en otras partes sobre el trabajo? Es siempre la misma pregunta la que me dirige, y la única a la cual tengo que responder.

Como las explicaciones que le he dado, y sobre las cuales usted no me hace observaciones, no han sido comprendidas por usted, voy a tratar de expresarme de otro modo.

El objetivo de mi libro "La Guerre et la Paix" es, muy positivamente, desviar los espíritus de la gue-

rra, afirmarlos en la paz, dirigiendo las fuerzas y los arrojos, no hacia las conquistas y los combates, sino hacia el trabajo, o lo que he llamado metafóricamente las "luchas industriales".

Tal es el objeto, tal es el pensamiento, la razón, el "alpha" y el "omega" de ese trabajo; objeto, pensamiento, razón, que usted persiste en desconocer, como si yo fuese un cantor de Marte y Belona, un panegirista de los Césares o un historiógrafo de los Napoleón.

Para llegar a ese resultado, para acabar una buena vez con la guerra ¿qué es lo que he hecho? No se adelante a mi pensamiento, querido señor Clerc, se extraviaría seguramente. Sígame tranquilo.

Habría podido, como tantos otros, citar las calamidades de la guerra, el asesinato, el incendio, la devastación, etc. Ese es el lazo común, o mejor dicho: ese es el aspecto material, extrínseco del fenómeno. Me he dicho que no se llegaría a nada por ese camino; que era preciso atacar la guerra en su foco, en su fortaleza, que es evidentemente el alma humana. Es del corazón del hombre de donde hay que sacar al monstruo, sin lo cual todos nuestros esfuerzos para pacificar las naciones antagónicas serán inútiles.

¿Tiene algo que objetar a este método? Dígamelo; porque, se lo confieso, la discusión tomaría otro rumbo; no iré más lejos antes de haberle hecho comprender por qué, queriendo destruir la guerra, lo mismo que quiero suprimir la superstición, me dirijo, no a la sensibilidad, al miedo, al egoísmo, sino a lo que hay entre nosotros de más elevado, a la razón, a la conciencia, a nuestra facultad poética misma.

Supongo, pues, que está de acuerdo conmigo sobre la marcha a seguir, y continúo.

Buscando en el corazón humano, en la razón misma y hasta en la conciencia, cuáles son las causas o los pretextos de la guerra, desde qué punto de vista ha podido adquirir tal prestigio, encuentro, a fuerza de investigación, esto, que me parece elemental:

El hombre destinado a vivir en sociedad es regido por un sistema de leyes que la experiencia le revela poco a poco, a medida que entra en relación con sus semejantes, y con la naturaleza, pero cuyo principio es dado a priori en su conciencia.

Esas leyes, a medida que se revelan al hombre y son promulgadas por él mismo, crean para él otras

tantas obligaciones particulares, especiales, o dicho de otro modo, "deberes".

Hay el deber del niño, de la madre, del padre, del hermano, del vecino, del amigo, etc.

Hay el deber de la profesión, es decir del pastor, del labrador, del artesano, del médico, del sacerdote (concédame esto por un momento), etc.

Hay el deber que engendra para cada uno la aptitud propia que le ha dado la naturaleza, deber del hombre y de la mujer, deber de la inteligencia, deber de la fuerza, deber de la belleza, deber del trabajo, deber del amor, etc.

Todos los escritores moralistas están plenos de esa distinción de los deberes, de su generación, de sus grados de importancia, de su sistema. Eso pertenece al simple buen sentido; tampoco eso es negable.

Pero, por la misma razón, yo digo que siendo el derecho el correlativo del deber, habrá tantos derechos diferentes como hemos visto de deberes engendrados por relaciones o leyes diferentes:

Derecho de la persona, niño, padre, madre, etc.

Derecho de la profesión, derecho del trabajador, derecho del jefe de familia, derecho del pastor, del cazador, del maestro.

Derecho creado en fin por las aptitudes naturales, derecho de la inteligencia, derecho del talento, derecho de la belleza, y finalmente "derecho de la fuerza".

Si usted puede refutar esta deducción, y ¡bien! querido señor Clerc, le abandono mi libro, confieso que me he engañado.

Sí, le digo, hay un derecho para el hombre fuerte, como lo hay para el hombre inteligente, derecho que resulta de la fuerza en el primero, como resulta en el segundo de la inteligencia; derecho que no contradice los otros, no los anula, no los absorbe, derecho que tiene sus límites, sus reglas, su definición, etc. Cuando usted lo quiera, le daré toda la teoría, un poco abreviada en mi libro; pero eso me exigiría un poco de tiempo.

Llegado a este punto, y volviendo al problema que me he propuesto, que es la explicación de la guerra, y por consiguiente su cesación, me digo: tenemos la palabra del enigma, la clave del misterio. Evidentemente es el derecho de la fuerza, negado inhábilmente por los unos, exagerado por los otros, mal definido, mal comprendido, preconizado, glorificado y divinizado, el que ha hecho todo el mal; es de ahí de donde vino toda la gresca, es por tanto el "derecho de la fuerza" el que es preciso comenzar por definir, del cual se trata de trazar las reglas si queremos dar razón de la guerra, y hacer reinar en su lugar el trabajo.

Sé bien, querido señor, que este método de despojo de la guerra está fuera de la marcha vulgar o del lugar común; que desorienta los espíritus que, en nombre de guerra, esperan formidables anatemas y no una disección psicológica que tiene por fin quitar a la guerra lo que ha constituido en todos los tiempos su prestigio, su potencia y, por ese medio, hacerla completamente inmoral y deshonrarla. Pero, porque mi método está fuera de la ruta trillada, no es más malo, y no es esa una razón para desnaturalizar mi crítica y para atribuirme sentimientos que no tengo, o para imputarme una contradicción que no existe más que en el espíritu de los que me acusan sin comprenderme.

Ahora bien, observe la continuación: es a partir del momento en que yo he percibido el principio del derecho de la fuerza cuando hago seriamente el proceso a la guerra; es con ese principio con el que la destruyo y le hago prever la extinción necesaria. En efecto, le dije, teniendo el derecho de la fuerza sus límites, su especialidad, su aplicación, su procedimiento, etc. tenemos en todo eso otros tantos medios de reglamentar, de restringir, de contener, de limitar y, finalmente, de suprimir la guerra (véase mi tomo II, que es inútil que resuma aquí).

Extinguida la guerra por el método que he indicado, y sostengo que no hay otro, ¿qué juicio vamos a pronunciar sobre ella nosotros, la posteridad trabajadora, la humanidad pacificada, los hombres de la economía y de la justicia? ¿Qué deberemos concluir de ese cúmulo de conquistas y de combates, de esos Estados hechos y deshechos, de esos triunfos, y de esa gloria, y de esa apoteosis de la humanidad guerrera?

Lo que debemos concluir es que en la guerra como en el trabajo, la humanidad ha sido idéntica y adecuada a sí misma; que en último análisis, a pesar de tantas matanzas y violencias, la civilización es el producto del derecho, derecho de la fuerza en los primeros tiempos, derecho del trabajo al fin; es que el "guerrero" ha sido el precursor del "obrero", y que todo lo que los poetas han cantado en el primero, no sin razón, pertenece en un grado superior al segundo. Es siempre el hombre, el sujeto de la justicia, el que tenemos bajo los ojos; no es, como se podría creer, en el primero una víctima del demonio, en el segundo un ángel regenerado.

Y he ahí — llego al pasaje que usted me cita — he ahí, digo, lo que explica la opinión, tan fuertemente arraigada en la multitud, de la preeminencia

del hombre de guerra; he ahí de donde viene la poesía guerrera; he ahí por qué la guerra y sus obras se encuentran tan íntimamente mezcladas a los actos de la justicia y de la religión. Es que antes de la existencia del trabajo, antes que el industrial hubiese conquistado sus títulos de nobleza, cuando la fuerza era reputada la primera y la más estimable de nuestras facultades, cuando, por consiguiente, el "deber" y el "derecho" de la fuerza eran aproximadamente los únicos comprendidos, la guerra la justicia, la única regla de derecho, el único motor de la civilización; manifestación bien dolorosa, se convertía fatalmente en la única manifestación de regla bien inexacta y ficticia, motor de una excesiva debilidad, sin duda, pero que no ha impulsado menos hacia adelante a la civilización, y que nos es prohibido, aun suprimiéndola, maldecirla.

Si ha seguido esas pocas páginas, debe darse cuenta, ahora, de la marcha que he adoptado para mi libro, marcha que es más literaria que dialéctica, lo convengo, pero que, no omitiendo nada de esencial, debía ser fácilmente comprendida. En lugar de proceder como acabo de hacerlo, si tuviese que escribir un informe de mi trabajo, comenzaría por una "exposición del fenómeno", es decir por una descripción de la guerra, tal como la razón de las masas la ha comprendido siempre y a pesar de todas las declamaciones, y no tal como la hacen ineptos críticos y torpes moralistas. Es lo que usted toma de mi parte por un panegírico. Pero advierta que en ese primer libro no hablo más que como relator, ya sea constatando los hechos, ya sea relatando las opiniones; oponiendo la creencia inveterada de los pueblos y la práctica de los siglos a las críticas de la filosofía, poniendo en evidencia todas esas contradicciones; en una palabra, descubriendo un misterio y planteando un problema que me esfuerzo por resolver más tarde.

Ciertamente mantengo todo lo que he dicho en "De la Justicia" sobre el trabajo y el trabajador; pero mantengo igualmente todo lo que he escrito más tarde de la guerra y del guerrero: no hay en eso ninguna contradicción, no hay más que una "sucesión" de estados, una evolución lógica. Lo que el trabajador es destinado a llegar a ser, el guerrero ha comenzado por serlo, en virtud del más elemental de los derechos, del derecho de la fuerza. Esas son dos verdades iguales, conexas, incompatibles si las afirma de la misma sociedad y en la misma época, pero perfectamente conciliables, necesarias incluso una a otra si coloca una al comienzo de la historia y otra al fin.

Esa sucesión histórica, esa bella correlación, esa moralidad de la guerra, esa potencia civilizadora y disciplinaria de la conquista, toda esa aplicación del derecho de la fuerza, confieso francamente que no sabía nada de ello en 1858 cuando escribía mi libro "De la Justicia"; lo mismo que en 1840 ignoraba la solución del problema de la propiedad, que pienso dar próximamente. Es por eso que le he dicho que tendría, sin duda, más de una expresión incorrecta que reemplazar si hiciera una edición completa de mis obras y me atuviese a que todo fuese en armo-

nía. Pero mantengo que mi ignorancia de 1840 y de 1858 no me ha conducido a una contradicción en 1860; sostengo que todo se encadena aquí, se sigue y se justifica, y que no hay otra cosa que reprocharme que incorrecciones gramaticales.

¿Qué significan, pues, querido señor Clerc, todos esos pasajes que usted acumula contra mí, y con los que usted cree abrumarme? Pero yo los retengo todos, ois afirmo, me glorifico de ellos; le repito que el reproche de contradicción no cae sobre mí, puesto que los hechos que he relatado son incontestables y pertenecen todos a la historia; y agrego que la humanidad que ha producido todos esos hechos, no se ha contradicho tampoco, puesto que no ha hecho más que afirmar su inmutable derecho, su justicia inmanente, ya sea como guerrera, ya sea como industrial.

Haga, después de eso, todas las burlas que quiera sobre la guerra y su derecho, su poesía, su justicia y sus instituciones, bien venidas. Una burla que se dirige a la verdad, es una burla, es decir un infantilismo. Deteste la guerra, eso me agrada; pero no la calumnie, lo cual sería absurdo. Y ante todo, recuérdese de lo que le digo: la guerra no acabará más que por la exposición de su derecho, por el "reconocimiento del derecho de la fuerza". En lugar de buscar contradicciones que no existen, es ese derecho de la fuerza el que es preciso negar, del cual usted habla en el aire, e incurre en el error de condenar, en virtud de su prejuicio personal, la teoría de un autor que no comprende.

Me apresuro a estrecharle la mano, querido capitán, antes de terminar la página.

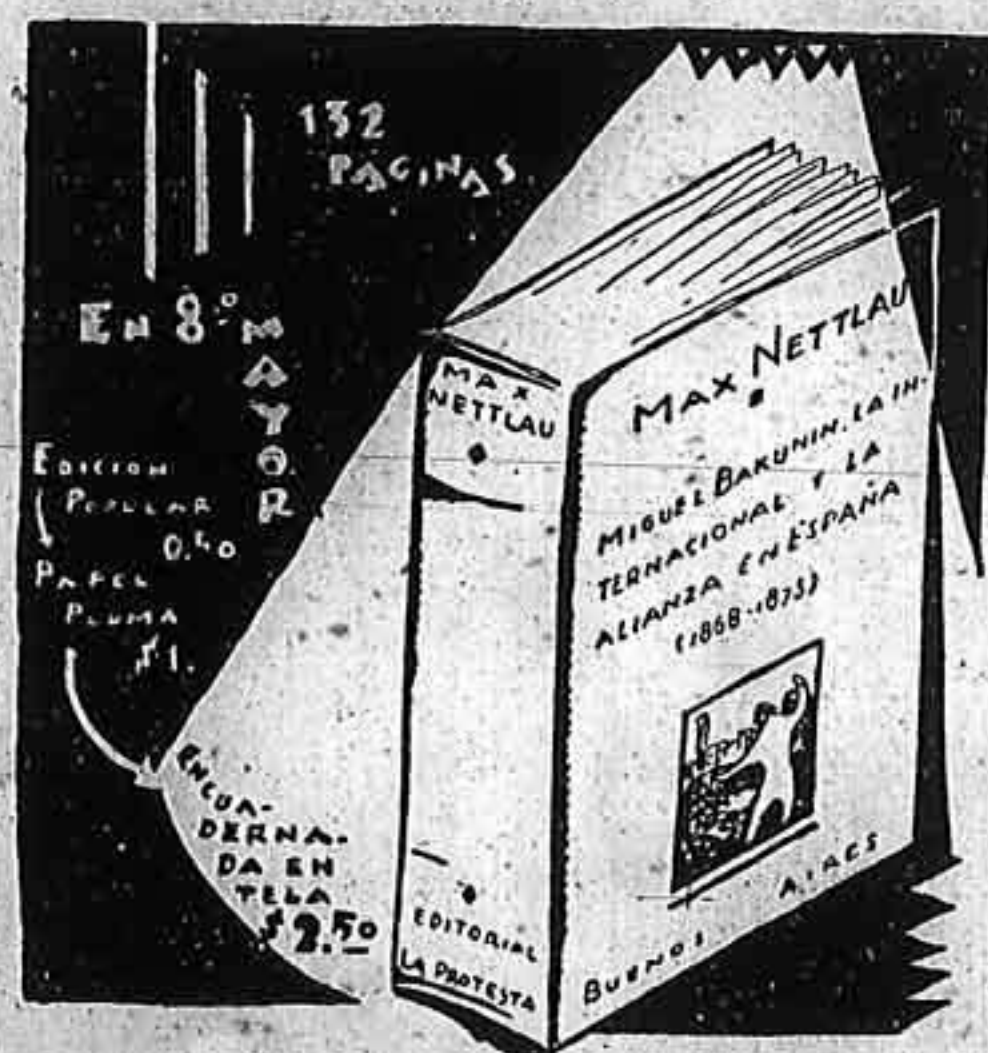
P. J. PROUDHON

EDITORIAL "LA PROTESTA"

NUEVAS EDICIONES

Eliseo Reclus: LA ANARQUIA Y LA IGLESIA	0.10
Anselmo Lorenzo: EL DERECHO A LA EVOLUCION	0.10
Juan Crusao: CARTA GAUCHA, séptima edición	0.10
P. Kropotkin: A LOS JOVENES	
L. Fabbri: ¿QUE ES LA ANARQUIA?	0.10
D. A. de Santillán: LA JORNADA DE SEIS HORAS, tercera edición	0.10
Ana María Mozzoni: A LAS HIJAS DEL PUEBLO	0.10
Eliseo Reclus: A MI HERMANO EL CAMPESINO	0.10

De estos folletos hay ediciones económicas a \$ 2, 2.50 y 3 el cien para la distribución gratuita por grupos, sindicatos y compañeros.



MAX NETTLAU

Después de un siglo de esfuerzo socialista

De año en año aumentan los descubrimientos de la ciencia y su aplicación razonada en las industrias humanas, maravillosamente pertrechadas y técnicamente organizadas, así como el sector de hombres y pueblos, territorios y riquezas naturales englobados en esta inmensa maquinaria que tiene por tendencia y finalidad el apoderarse de todo, transformarlo todo y vender los productos en beneficio exclusivo de esa parte privilegiada de la humanidad que ha logrado hacerse dueña de los recursos y reservas naturales del globo, de los medios de producción y de la mentalidad de la gran masa de la humanidad que se resigna al trabajo asalariado para los privilegiados y sus acólitos y guardianes.

Es evidente que la mentalidad de los trabajadores y empleados que ejecutan el detalle de las operaciones infinitamente numerosas y complicadas es un factor de tanta importancia para la producción como el funcionamiento de las innumerables máquinas y su disposición práctica con arreglo a las exigencias técnicas. Así, pues, desde el punto de vista capitalista, el obrero se halla a la par de un engranaje de la maquinaria fabril, y, en calidad de consumidor, es una parte del público obligado a comprar para alimentarse y del cual, también en este terreno, arranca el capitalismo el máximo de beneficio. Por lo tanto, la mayor parte de los hombres tienen el honor de ser particularmente una parte minúscula de la maquinaria productiva y también un miembro de ese gran público al cual se despachan los productos de su propio trabajo a un precio recargado con el beneficio de los privilegiados, pero no parecen tener otra cosa que hacer en el mundo más que moverse en esa jaula eterna como una pobre ardilla prisionera. Pues ocurre lo mismo con la superconstrucción política, la máquina gubernamental donde el individuo tiene derecho, al menos nominalmente, a elegir y alimentar a sus patronos, y donde, en cambio, estos últimos conservan el poder que se les confía, de igual modo que los capitalistas se quedan con el producto del trabajo, y no conceden a sus comitentes más que migajas de libertad, justamente el derecho a circular entre un puesto de policía y un muro de prisión. Y otro tanto sucede en el dominio intelectual, donde, si para algunos afortunados la ciencia, la investigación y el pensamiento abren extensos horizontes, para la masa todo eso es como si no existiera y no llega a ella más que como contrabando. Para ella son siempre suficientes las enseñanzas de los sacerdotes, las dosis homeopáticas, los conocimientos de una breve instrucción primaria, y para dejarla toda su vida en este estado de educación incompleta se continúa la obra oscurantista realizada por fuerzas cada vez mejor organizadas,

"racionalizadas" y dotadas de atracción consistente en diversiones populares impuestas por industrias que obtienen de este modo ganancias fabulosas a costa del pueblo.

¿No se puede sacar de esto la conclusión de que verdaderamente ha sido muy poco lo cambiado en los tiempos históricos, en estos diez o doce mil años que, con grandes lagunas, conocemos o, al menos, nos figuramos conocer? Lancemos una mirada retrospectiva sobre las monarquías fastuosas del siglo XVIII, las cortes de los soberanos del Renacimiento, el imperio romano, los grandes imperios egipcios, persas, babilónicos, chinos, etc.: desde los primeros tiempos conocidos hallamos esta organización impuesta de la gran masa de productores al servicio del beneficio, el lujo y la gloria de los dominadores privilegiados. Las razas indígenas que han vivido por más tiempo al margen de la gran rama de la historia, que abarca Asia y Europa desde hace millares de años y cuya corriente nos continúa arrastrando, esas razas de Africa, de América, etc., muestran, "mutatis mutandis", un estado de cosas semejante: allí donde el privilegio ha logrado hallar el menor punto de apoyo, ha arraigado y crecido, y sigue viviendo.

Los incalculables miles de años de la prehistoria y los orígenes humanos son inaccesibles directamente para nosotros, pero los conocemos indirectamente por sus resultados. La cooperación de factores múltiples, fuerza física, talento, astucia, victoria y derrota entre fuerzas colectivas, medio ambiente y recursos, más o menos favorables, etc., han diferenciado y jerarquizado a los hombres desde los tiempos más primitivos. Si es cierto que ha habido factores propicios a la libertad y solidaridad humanas, la bondad individual y familiar, la ayuda mutua, el talento y el genio desinteresados, el pensamiento y el arte, no es menos evidente que ha existido un número mucho mayor de factores desfavorables tendientes a la creación, consolidación y consagración de las desigualdades más sublevantes, y en el alba de la humanidad vemos ya el "despotismo oriental" completamente desarrollado en Asia, en Egipto, allí donde un gran espacio de terreno árabe de nivel más o menos igual facilitó en mayor escala la sumisión económica y gubernamental de las grandes masas de hombres inermes y ligados a su terruño. Mesopotamia y Egipto, esas grandes llanuras fértiles, han sido, pues, los focos del estatismo y el monopolio y también del agrandamiento de los Estados mediante la conquista, modelo que desde entonces fué y es adoptado aún por la historia. Es verdaderamente inútil subdividir la historia en antigüedad, Edad media, etc., pues es una sola guerra la que

abre sus surcos sangrientos a través de diez mil años de historia conocida, continuación de las disputas prehistóricas. No ha habido una sola hora de desarme, de voluntad colectiva y sincera de paz, y tampoco la hay en nuestros días. Y lo mismo en la referente a la sumisión al monopolio, al Estado en sus diversas formas, y al embrutecimiento de las masas por la carencia, la penuria y las dificultades de todo orden que les son impuestas por los dominadores, los únicos que pueden gozar ampliamente de la vida.

Tal me parece ser la situación en su conjunto, sin que por ello pierda de vista los esfuerzos de emancipación y de rebeldía, que son la flor de la historia y la esperanza del porvenir, pero que no han podido cambiar materialmente la situación esbozada aquí. El esclavo egipcio enganchado para arrastrar las grandes piedras destinadas a la pirámide de un faraón, el esclavo negro de hace menos de 70 años, que cultivaba el algodón bajo el látigo de los americanos esclavistas, y el trabajador americano moderno clavado ante la máquina super-racionalizada o un blanco importado de los países pobres de Europa, esclavo de la mina bajo el revólver de los policías privados de la compañía, todos son hombres en estado de falta de voluntad, de trabajo forzado, de sumisión impuesta. Virtualmente su situación ha empeorado, pues si el esclavo de los tiempos pasados sufrió los golpes de la fuerza más brutal, el trabajador moderno no los sufre menos, con la agravante de que sobre él influyen una serie de venenos sutiles que intoxican su mentalidad, insinuándole la ilusión de que, si se aplica mucho, sería dueño de su propio destino y capaz de mejorar su situación individualmente o, en el caso de los millones que son víctimas de las ilusiones del socialismo autoritario, colectivamente, cambiando el patronato capitalista por el del Estado socialista, trasmutación que no ha mejorado sensiblemente la suerte de los trabajadores en Rusia ni en las empresas municipalizadas, socializadas, etc. de otros países. Esta mentalidad a la vez fatalista y resignada para lo que cree inevitable, y que, al propio tiempo, alimenta ilusiones sobre una emancipación individual o colectiva igualmente ilusorias, ha creado lo que en el siglo XVI La Boétie llamó acertadamente el espíritu de "servidumbre voluntaria", esta obediencia pasiva colectiva que se abstiene de tomar parte en las acciones audaces y valientes de las "cabezas vehementes", a las cuales se admira a distancia, guardándose muy bien de imitarlas, salvo en algunas horas rarísimas de emoción colectiva, en julio de 1830, en febrero de 1848, en un 18 de marzo de 1871 en París, etc., pero ahí todavía, bien mirado, la iniciativa de algunos, apoyada por la buena suerte, por errores (desde su punto de vista) del adversario, etcétera, crean situaciones propicias que la masa, considerando casi ganada la batalla, comprende al fin, amplía y lleva a buen término, en la medida en que ella entiende las cosas, es decir, al abandono del poder en otras manos, las de algún nuevo Gobierno que podrá tener todas las virtudes, pero que ora será malo, ora será impotente para el bien, como todos los demás. Nada indica aun en el mundo que estas ilusiones respecto de algún nuevo Gobierno saludable y salvador se hallen quebrantadas en alguna parte; fueron y son liberales, republicanos, nacionalistas, socialistas y comunistas aquellos en los cuales se puso y se pone tal esperanza. Es una fe parecida a la depositada en el cielo y en la justicia divina, y, lo

mismo que la fe religiosa, crea ya la resignación y la espera pasivas, ya el fanatismo fogoso y ardiente, pero estéril.

Así es que se correría el peligro de pasar nuestra vida en el recinto de las ilusiones, por genrosas que sean, si no se sacara la conclusión de que existe un inmenso bloque de autoridad y servidumbre voluntarias, resultante de una mentalidad general que nada, desde los tiempos más remotos, ha podido cambiar todavía. Nada tampoco ha podido destruir, apagar las chispas del espíritu de libertad y de rebeldía y éstas se multiplican sin duda, pero continúan siendo un pequeño mundo aparte, comparable al de las estrellas fugaces o en rigor al de los cometas, que se mueven aparentemente al menos, al margen de las órbitas fijas de los infinitos mundos estelares. Comparando los 1.800 millones de hombres y mujeres de opiniones y voluntades más o menos radicales, con los diez o quince millones nominalmente socialistas, con los cientos de miles de socialistas autoritarios convencidos y, quizá, una cifra semejante de sindicalistas ligeramente menos autoritarios — comparando este bloque autoritario y resignado, que abarca también innumerables elementos burgueses, reaccionarios, indiferentes y de valor verdaderamente inferior en cosas serias, con el número de rebeldes libertarios de todas las tendencias, conscientes, integrales y parciales, inconscientes, y, además, la cifra de hombres de bien, de verdaderos humanitarios, hombres de bondad inofensiva y de vida privada, ¿en cuántos podrían evaluarse esos elementos libertarios o poseedores de una base para llegar a serlo? Yo no dispongo de más medios que otro cualquiera para determinar cifras exactas, pero según los criterios que se apliquen se obtendrían bien algunas centenas o menos de los que tienen efectivamente "el diablo en el cuerpo", en el sentido que Bakunín daba a estas palabras; a algunos miles o decenas de millar, quizá a millones de hombres de bien y a un número mucho mayor aun de personas que, después de un triunfo obtenido sin su concurso, se adaptarían rápidamente y con placer a una vida libre y tranquila.

Toda esta realidad palpable — el hecho de que tal persona que conocemos tiene disposición y, después de un esfuerzo, probablemente voluntad libertaria, mientras que tal otra persona vecina no ofrece la menor esperanza a este respecto, por tener una disposición ya autoritaria, ya vulgar y nula — es destruida desde el momento en que se encierra a los hombres en "clases", estableciendo la unidad ficticia de la "clase" obrera que "forzosamente" comprende elementos autoritarios, vulgares y libertarios y que será siempre un cuerpo desunido cuyos componentes se paralizarán mutuamente hasta degollarse entre sí, como ya se ha visto más de una vez. El hecho de la necesidad de la resistencia organizada, pero el esfuerzo continuo de inspirar a esta resistencia sindical las ideas y aspiraciones de algunos, ya sean autoritarios o libertarios, desune y disgrega la resistencia y no se adelanta nada.

Cuando, hace un siglo, el socialismo moderno se hallaba en sus comienzos, podía creerse aún en la unidad de los explotados, en la voluntad de todos por conseguir un máximo de libertad, en la conquista repentina de las posiciones capitalistas por un arranque popular general, en la abnegación absoluta de los propagandistas más notables que no habían sido aún jefes ni tenían la menor esperanza de llegar a ser diputados ni ministros. Al cabó de un si-

glo de duras experiencias todas estas presuposiciones han desaparecido una tras otra: la desunión y la polémica encarnizada se han convertido en regla, se prefiere el poder a la libertad, los impulsos generales se cuentan por horas en el espacio de un siglo y frecuentemente los rebeldes son abandonados a su suerte, y en cuanto a los jefes ya se conoce la carrera de los Briand y los Mussolini y los Pilsudski y "tutti quanti"...

Si después de tales experiencias no se sabe hacer más que continuar por la vía ya antigua de la rutina, es posible que un día todos los países se hallen bajo el talón de algún Pilsudski o Stalin, o bien bajo el de algún Morgan o Hoover, pero seguramente el socialismo como tal será una cosa del pasado, un sueño de la edad de oro que la humanidad no puede realizar por carecer de la necesaria fuerza moral e intelectual. Por lo tanto, si se quiere hacer cosa mejor, preciso será coordinar al menos en nuestras aspiraciones y reflexiones a las fuerzas vivientes libertarias y humanitarias de la humanidad, y despertar las actividades más variadas en pro de la verdadera libertad, que es inseparable de la solidaridad y cuya expresión más integral es la Anarquía.

Pero para poder presentar la idea anarquista en todo su esplendor y amplitud, será necesario "al fin" desembarazarla del sectarismo. Un hombre tan consagrado a su ideal anarquista comunista, que él fué uno de los primeros en definir y enarbolar ya en 1876 en el congreso de la Internacional italiana celebrado en octubre de dicho año, Errico Malatesta, escribió en 1889 en su "Appello" (Niza; septiembre), después de haber fijado dos principios fundamentales, la expropiación y la "posesión en común de la riqueza y el poder, mediante la asociación y organización libre con libres pactos para la vida social": "...Fuera de estos extremos, no tendremos razón para dividirnos en pequeñas escuelas por el furor de determinar con exceso las particularidades, variables según el lugar y el tiempo, de la sociedad futura, de la cual estamos lejos de prever todos los resortes y combinaciones posibles... Por lo menos no es lícito dividirnos por puras hipótesis." ...Y en "El Productor" de abril de 1889 se hallan las siguientes palabras, debidas probablemente a la pluma de Antonio Pellicer Paraire: "...Calificaremos nuestro anarquismo según los datos que con evidencia indiscutible suministre la ciencia, no con los encanijados frutos de una hipótesis. Ofrecemos, en consecuencia, nuestra amistad a cuantos anarquistas se emancipan de preocupaciones de "secta".

Estas palabras de hace cuarenta años tienen necesidad de ser repetidas de nuevo más que nunca en nuestros días, porque ha habido ya varias generaciones de camaradas que no han sabido más que de la existencia de una "sola hipótesis" y que creen que esta cuestión está ya definitivamente zanjada. La idea de los autoritarios de que todo el socialismo del pasado no fué, para emplear una expresión de Nietzsche sobre los hombres inferiores que preparan el terreno de donde saldrá el superhombre, más que estéril sobre el cual ha nacido el supersocialismo de Marx — esta idea no es menos falaz que la de que todo el anarquismo precedente se ha convertido en viejos papeles desde que hace cincuenta años, surgió el anarquismo comunista. Se puede establecer tales comparaciones de superioridad y excelencia suprema para tipos de máquina, por ejemplo, donde una experiencia presente y continua permite comprobar con aparatos de precisión el trabajo produ-

cido por cada máquina, pero no se pueden prejulgar así las formas que adoptará en su aplicación futura una idea que no podemos realizar colectivamente sobre un solo metro cuadrado del globo con independencia real. Esta idea vive en nosotros mismos y con nuestra propia conducta podemos obtener una experiencia preciosa sobre la misma. Pero de ahí a la experiencia económica que permitiría proclamar el comunismo absoluto y rechazar toda otra forma de arreglos económicos con una hostilidad y un desprecio poco o nada encubiertos, hay una distancia enorme.

Felizmente disponemos de una bella y rica literatura que muestra las tendencias tan variadas del anarquismo, como: William Godwin, "An Enquiry concerning Political Justice and its Influence, upon general virtue and happiness" (1793; Encuesta sobre la justicia política — la justicia en las relaciones políticas y sociales entre los hombres — y su influencia sobre la moralidad y el bienestar generales); — "Equitable Commerce, a new development of principles, as substitutes for laws and governments", por Josiah Warren (1846; Comercio equitativo, una nueva exposición de principios para reemplazar las leyes y los gobiernos); — "Idea general de la Revolución en el siglo XIX", por P. J. Proudhon (1851); — "Der Einzige und sein Eigentum", por Max Stirner (1855; El único y su propiedad); — Las "Obras" y tantos otros escritos de Miguel Bakunin; — "Ideas sobre la organización social", por James Guillaume (1876); — "Fra contadini", por Errico Malatesta (Entre campesinos, 1884 y ediciones posteriores aumentadas); — "Anarquía y Comunismo", por Carlos Cafiero (1880); — "La Evolución, la Revolución y el Ideal anarquista" (1897) y "El Hombre y la Tierra" (1905-8), por Eliseo Reclus; — "Palabras de un Rebelde" (1885), "La Conquista del Pan" (1892), "Mutual Aid" (1890-96; El Apoyo mutuo, un factor de la evolución), "Fields, Factories and Workshops" (Campos, fábricas y talleres, 1898-1900), "La ciencia moderna y la anarquía" (1913), "Ética" (1922), etc., por Pedro Kropotkin; — "La sociedad moribunda y la anarquía" (ediciones de 1882 a 1894), "La sociedad futura" (1895), "El individuo y la sociedad" (1897), "La anarquía, su fin y sus medios" (1899), etc. por Juan Grave; — "El dolor universal" (1895), "Mi comunismo" (Utopía), por Sebastián Faure; — "Ideario" de Ricardo Mella (1926); — "La Fine dell'Anarchismo?", por Luigi Galleani (1925); "Aufruf zum Sozialismus" (Llamamiento hacia al socialismo, 1911), por Gustav Landauer; "Selected Works" (Obras escogidas, 1914) de Voltairine de Cleyre; — "Anarchism, and other Essays" (1910), por Emma Goldman; — y otros muchos escritos de Stephen Pearl Andrews, Ernest Coeurderoy, Joseph Déjacque, César De Paepe (en su primera época), Jacques Mesnil, Emile Pouget, Pietro Gori, F. Domela Nieuwenhuis, Anselmo Lorenzo, Johann Most, Alejandro Berkman y una infinidad de otros.

De igual modo un estudioso de la anarquía examinará las grandes series de periódicos, los de Proudhon, los de Joseph Déjacque, los de los colectivistas y más tarde los de los comunistas anarquistas suizos y franceses, los órganos del individualismo americano, las hermosas series españolas e italianas, las publicaciones alemanas de Most, Landauer y otras muchas. También examinará las grandes colecciones de cartas de anarquistas, las recopilaciones sobre Proudhon, Reclus, Landauer, y

las cartas más dispersas de Bakunin y Kropotkin. Igualmente hallará algunos trabajos históricos documentados, en los que se trata de mostrar la filiación de las ideas, los desarrollos sucesivos en propaganda, táctica, esfuerzos revolucionarios, etc.

Tampoco dejará de conocer a los pensadores y hombres de talento y valor que se acercan a la anarquía de la manera más variada, los H. D. Thoreau, Walt Whitman, Pi y Margall, Henrik Ibsen, Marc Guyau, Herbert Spencer, León Tolstoi y un buen número de figuras en todos los dominios de la ciencia y el arte.

¿Qué es preciso hacer entonces? ¿Declarar que casi todo eso es literatura de ayer, pasada de moda, y que sólo las ideas de algunos folletos anarco-comunistas (muy antiguos, por lo demás, en su mayoría) tienen razón de ser — o bien alegrarnos de nuestra riqueza en concepciones variadas de la anarquía y presentarlas todas al gran mundo, que elegirá entre ellas y desarrollará otras, asimilándose así las ideas generales en el matiz que mejor le convenga? Yo me inclino hacia la segunda posibilidad, pues no creo en la posibilidad de un tipo de anarquista perfecto que será entonces multiplicado por la propaganda como un buen tipo de máquina es multiplicado en las fábricas, sino que creo en la necesidad de mostrar al mundo esta verdad palpable, que anarquía y vida libre de cada uno son idénticas, puesto que una vida verdaderamente libre no es la de un tirano aislado, solo con su egoísmo y sus esclavos, sino la de un hombre rodeado de hombres igualmente libres, con los cuales le unan el respeto mutuo y la reciprocidad. Para llegar a esta finalidad es preciso apartar los obstáculos que la autoridad y el monopolio interponen en medio del camino. ¡Cuántos obstáculos de esta índole, cuántos residuos y cuánta hez autoritaria quedan aún en nosotros mismos! ¡Cuánto podemos y debemos demoler a nuestro alrededor con nuestra conducta, nuestra iniciativa y nuestro ejemplo!

No hay nada más constante que el principio fundamental de la anarquía realizada: la creación de las garantías del desarrollo libre de todos por medio de la solidaridad, la reciprocidad y la eliminación de obstáculos. Es un cuadro inmenso que el presente y el porvenir llenarán sucesivamente de mil maneras que no pueden ser reducidas a una fórmula única ni para el comienzo ni para los estadios ulteriores. La predisposición más libertaria es un acto autoritario si ha de ser tomada como una línea de conducta única. Todo lo que sobre este particular se halla en los libros, folletos y artículos no es más que consejo, parecer, opinión expresada, pero nada de definitivo ni obligatorio. Hay autores que, llevados de su entusiasmo, han hecho frecuentemente afirmaciones demasiado positivas, y a menudo han creído deber hacer esto para facilitar la propaganda. Pues cuanto más ignorante es un indiferente o un adversario, tanto más pide que se le informe en dos palabras sobre: ¿cuál es vuestro programa, qué vais a hacer inmediatamente para realizar el anarquismo? A tales preguntas se debería siempre responder que un oficio cualquiera, ciencia, arte, no se aprende en un momento, por una brusca respuesta a una brusca pregunta. Nosotros mismos, consultando la literatura anarquista, debemos darnos cuenta de las condiciones difíciles en que fué producida con frecuencia; contra qué ignorancia, mala voluntad y hostilidad debe reaccio-

nar; qué obstáculos han podido impedir la discusión completamente libre, etc., y entonces sacaremos de ella enseñanzas con crítica y discernimiento. Nosotros mismos somos los que debemos dar constantemente un nuevo contenido a nuestra concepción de la anarquía, aplicándola de la mejor, manera a cada cuestión que se nos presente, a cada acontecimiento de la gran vida humana de que tengamos noticia por cada nuevo número de un diario cualquiera, por cada día pasado en un medio de actividad humana. Siempre fué el lado débil del socialismo, y del anarquismo igualmente, el desinteresarse demasiado de la verdadera vida, el limitarse a agregar a casi todos sus hechos un clisé con algunas vagas observaciones económicas. Así es como la burguesía ha tenido las manos libres, aprovechándose para inculcar al pueblo la mentalidad que conviene "a sus" propios intereses de clase, para manejar de este modo los hilos intelectuales del pueblo, el cual no sabe qué hacer con las abstracciones y generalizaciones que los socialistas le enseñan. Por ejemplo el nacionalismo es constantemente infiltrado al pueblo de todos los países por mil vías prácticas, mientras que las protestas de internacionalismo de los socialistas no pasan para él de afirmaciones puramente académicas o a lo sumo sentimentales, que no llegan al fondo de la cuestión. La concentración de los socialistas en los asuntos económicos ha redundado completamente en beneficio de la burguesía, que ya no teme algunas huelgas, etc., y que tiene la mano libre para ejercer en gran escala una influencia sobre la mentalidad popular.

Después de un siglo de propaganda y organización infatigable de socialismo y anarquía, no se podía esperar ver derrumbarse el armazón del privilegio armado y organizado que domina sobre los habitantes obreros del globo, que yacen en la esclavitud desde los tiempos prehistóricos. Lo que ha ocurrido ha sido la desbandada de la gran mayoría de los socialistas hacia el campo autoritario. En cuanto a las masas, la resistencia contra el maquinismo nuevo que las mataba al principio del siglo XIX, las ha organizado por sí misma (Trades Unions, etc.), y las luchas políticas burguesas por el liberalismo y la república han sido secundadas por los elementos obreros más militantes: de ahí la democracia social. Estos dos movimientos, resistencia y radicalismo político, no tenían nada que ver con el socialismo en sus comienzos, el cual, como la anarquía, se dió por misión el crear una sociedad libre enteramente nueva. Pero después de algunas décadas de autonomía socialista completa ha tenido lugar esta amalgamación de los intereses y organizaciones democráticas y sociales obreras con una parte de los socialistas, y a partir de ahí el socialismo político, la socialdemocracia y el sindicalismo moderado en gran escala, los grandes sindicatos, componen ese llamado socialismo de nuestros días, que se ha convertido en el partido de las elecciones parlamentarias y municipales, de las conquistas burocráticas y, si se presenta una ocasión favorable, del apoderamiento de los ministerios en los estados capitalistas y de la usurpación del poder único después de una revolución a costa y con la pérdida de todos los demás socialistas como en Rusia en octubre de 1917. Todo eso marca la recarga completa en el autoritarismo de ese supuesto socialismo que, proveniente de Blanqui y Louis Blanc, fué retocado "científicamente" por Marx y Engels, los hombres

de doble cara, democrática y dictatorial, socialdemócrata y bolchevista, por lo demás dos variedades del autoritarismo, que es lo mismo en la dictadura de los 51 sobre los 49 (mayoría), que en la de 1 sobre 99 (dictadura). Como, aparte los sindicalistas revolucionarios, todos los grandes sindicatos se hallan bajo la influencia de los autoritarios de esta especie, socialdemócratas o comunistas o políticos puramente obreristas, es claro que la mayor parte de los trabajadores organizados se halla ya en el campo autoritario. Aquellos de entre los libertarios que no quieran seguirles a ese campo, deberían, pues, "por lo mismo", darse cuenta de su aislamiento como partido de clase, y, si les desagradaba un aislamiento estéril, habrían de tratar de unirse a los elementos libertarios y humanitarios de cualquier matiz que sean. No abandonando la menor partícula de sus ideas, sino abandonando la estrechez de ideas que yo discuto aquí, en favor de la anarquía amplia y libre, sin lazos, con concepciones especializadas que no pueden ser más que hipótesis e incluso, frecuentemente, simples afirmaciones.

Salgamos de nuestro aislamiento voluntario. Nuestra causa no se halla debilitada por la gran ola autoritaria de estos años, que no arrastra más que a los que físicamente, podría decirse, poseen la configuración cerebral prehistórica que divide al mundo en amos y esclavos. Los que, por una feliz disposición adquirida por ellos o por sus antepasados en el transcurso de las edades, son susceptibles de emanciparse de la autoridad en grado diverso continúan existiendo y nuestra primera labor debe consistir en acercarnos a ellos. Conscientemente o no, las bases de la vida anarquista, asociación voluntaria, reciprocidad, respeto mutuo, el pacto o la largueza, según la abundancia, todo eso existe en ellos prácticamente en aplicación diaria: todo hombre honrado se conduce así en su esfera de confianza, familia y amigos y para con los más débiles, y se creería un malvado si obrara de otra manera. Acercémonos a todo este mundo de progreso y así podría crearse una minoría libertaria y liberal de todos los matices que sabría un día mantener su autonomía frente al bloque autoritario prehistórico.

Este bloque, impregnado de autoritarismo, no ha podido ni podrá nunca producir más que autoridad, y el "socialismo" que ha logrado proclamar en Rusia no podía tener más que el aspecto de un socialismo de Tamerlán o del más autócrata de los zarés. Un socialismo proclamado en Alemania no podría tener más que el aspecto del socialismo más pedantesco entre los socialdemócratas. El apoderamiento de Italia por un socialista forzosamente nacionalista ha resucitado el estatismo de la antigua Roma en sus formas y cualidades más inexorables. El partido laborista ha llegado al poder por las elecciones recientes, pero deberá continuar siempre alimentando el imperialismo británico, que no soltará su presa sobre los inmensos territorios en todos los rincones del globo. En suma, sea cual fuere el nombre dado a las creaciones del socialismo autoritario, éstas serán siempre un disfraz de los sistemas hallados al comienzo de la historia conocida, del "despotismo oriental", si no es un retroceso a la prehistoria aun más sombría.

Verdaderamente el progreso mismo corre peligro de atrofiarse y petrificarse, si, por sentimiento, persiste en creerse obligado a adherirse a ese bloque inmutable. ¿A qué altura estaría la ciencia, si no

continuara avanzando antes de que el último analfabeta — por víctima que sea de la sociedad — la hubiera comprendido? La ciencia continúa, pues laborando, y sus aplicaciones inteligentes y sociales crean o crearán condiciones de higiene intelectual, que abren las maravillas de los conocimientos humanos hasta al más iletrado que de otro modo habría sido abandonado a su ignorancia secular, a la cual los autoritarios, todopoderosos a través de las edades, se han guardado muy bien de tocar. De este modo el verdadero trabajo por el progreso y la libertad en todas sus formas, grados y matices saneará la atmósfera mundial, y sólo así se abrirán algún día brechas en el bloque autoritario, el cual disminuirá hasta derrumbarse.

¡Cuán bello sería renovar por las vías aquí esbozadas nuestro contacto con todos los elementos vivientes y viables de la humanidad, cooperar con ellos en pro de la autonomía de la causa del progreso, incluso en un mundo que continúa abandonando la causa de la autoridad prehistórica! Por estos tres artículos se habrá podido ver más o menos cómo he llegado a estas conclusiones y en qué grado me parece importante que se salga de la rutina presente y de todas las rutinas, que jamás podrán tener valor para los movimientos progresivos. Me agradecería conocer la crítica que suscitan mis observaciones.

NOTA DE REDACCION.—

Habiendo reproducido ya en las págs. 415-19 de esta revista un artículo de Nettlau, tomado de "La Revista Blanca" de Barcelona, creemos ineludible la reproducción de éste, que es continuación de aquél. Cuando se discute con tanta altura, la repetición no está demás y eso creemos que basta para disculpar el que acumulemos aquí materiales cuyo contenido ideológico no es la primera vez que se expone en estas páginas.



ELISEO RECLUS

Enseñanza de la Geografía

Este artículo ha sido escrito por Reclus para la Argentina, a pedido de F. P. Moreno, y publicado en "El Monitor", donde se le hace preceder de la nota al pie, que nos abre el camino de una serie de investigaciones sobre este aspecto de la vida de Reclus y de sus actividades e influencias.

Ninguna rama de la instrucción puede ser concebida sin sus complementos naturales, mediante las cuales forma un conjunto con el resto del saber. Sería, pues, aventurado querer trazar un plan de estudios geográficos sin tomar en cuenta todas las otras disciplinas de la enseñanza.

No teniendo a mi alcance el programa detallado de las materias que dividen el tiempo de los alumnos, en las escuelas a que me dirijo en este momento (1) admito como cierto que la descripción

(1) Eliseo Reclus, cuyo nombre no debe ser precedido ni seguido de adjetivos, tenía verdadero interés en la instrucción del niño argentino. Entendía que nuestro suelo sería asiento de un gran pueblo, cabeza de esta América, y muchas veces en el transcurso de una amistad de veinticinco años fueron motivo de nuestras conversaciones o correspondencia los destinos de este país. Cuando durante su destierro en Suiza trepábamos las colinas que dominan su habitación de entonces, en Clarens, y el vecino trágico castillo de Chillon, y admirábamos el azulado lago de Ginebra, ante las eternas nieves de los Alpes, surgía de nuestra charla el futuro de Patagonia que yo acababa de recorrer y de cuyo oeste esas verdes colinas, esas aguas, esas nieves casi eran imágenes reducidas. Veinte años después frecuenté su sencillo hogar-colmena de Bruselas y el problema del noroeste argentino y del Pacífico fué encarado por su luminoso saber. El dilatado Chaco, las tierras correntinas y entrerrianas, avanzadas no comprendidas del porvenir nacional, los llanos de Santa Fe, Buenos Aires, Córdoba y San Luis, las serranías centrales, tan poco apreciadas como conocidas en sus riquezas naturales, las montañas, lagos y selvas australes, los bosques tucumanos, salteños y misioneros, las tierras secas del interior tan semejantes a las de Estados Unidos, convertidas en vergeles, como allí en Los Angeles, en Mendoza y San Juan, el uso de las aguas de los grandes ríos, de los lagos, de los arroyuelos, sin gastarlas, como el de los árboles sin talarlos, en fin, la conservación de la gran heredad nacional a través de las generaciones venideras, con el antecedente de la destrucción por la ignorancia y ceguera de los hombres de la unidad geográfica que constituyó el Virreinato, destrucción que ha trastornado su organismo con la alteración de la posición de su médula espinal el Río Paraná, fueron otros tantos temas clarovidentes. Cuando más tarde le recordé desde aquí nuestros comunes anhe-

de la Tierra, o geografía propiamente dicha, ocupa a los niños durante tres horas, a lo menos, por semana. Además tengo en cuenta un número al menos igual de horas durante las cuales, con motivo de la historia universal o nacional, la geografía solicita el interés de los alumnos de manera indirecta.

Considero también como ya establecido que los paseos y las excursiones en plena naturaleza, la gran educadora, deben ser numerosas y seriamente dirigidas. En fin, supongo al maestro como un espíritu amplio, generalizador, abierto a todas las impresiones nuevas. No lo querría demasiado recargado de tarea, pues una cierta tregua es indispensable para que el pensamiento no se entorpezca y para que el profesor no se haga un pedante o un nulo.

No es una paradoja decir que las lecciones suplementarias, o todo lo que se les parezca, deben ser evitadas, con el mayor cuidado, por el profesor, fuera del tiempo estrictamente consagrado a la enseñanza directa.

En los paseos, el que acompañe a los niños, hermano, amigo o maestro de escuela, debe abstenerse absolutamente de dar explicaciones que no le sean pedidas. Pero si es ingenioso, y si comprende bien el arte de hacer pensar a los alumnos, no dejará de guiarlos sucesivamente en los alrededores, de modo de hacerles adivinar a ellos mismos y comprender a fondo, una completa lección de cosas. Aún en las planicies de aluviones, encontrará muchas irregularidades de terreno que para los discípulos serán planicies, colinas, valles y quebradas. No faltará

los y le pedí que escribiera algo sobre la enseñanza de la geografía, tan poco cultivada en la escuela argentina, me envió las páginas que siguen y que he conservado inéditas hasta hoy. Con ellas deseo principiar este volumen de "El Monitor", el primero que se publica bajo mi dirección. Léanlas maestros y discípulos, medítenlas y practiquenlas — harán obra buena para el país y honrarán a la vez la memoria de su autor teniendo siempre presente la frase con que terminan.

F. P. MORENO

tampoco en alguna parte del distrito de la escuela un curso de agua, riachuelo o río, por el que los muchachos puedan seguir las riberas o el hilo de la corriente, mostrándose los unos a los otros, los recodos, los rápidos, los grandes fondos, los vados y los bancos de arena; ellos verán también los diversos accidentes de la orilla con cantiles, promontorios, taludes, arenales y playas.

Si tienen la suerte de vivir en países de sitios grandiosos, de montañas o litoral oceánico, entonces la variedad de los paisajes les permitirá ver metódicamente, como en resumen, la Tierra toda y conocerla y comprender quizás todos los fenómenos. ¡Y qué contrastes también en las transformaciones que el hombre introduce en la superficie de la tierra,—cultivos diversos, bosques y jardines! En fin, las excursiones realizadas a través de los campos son las mejores para facilitar la vista del cielo con sus juegos de luz y de sombra, y la forma siempre cambiante, de las nubes que el viento divide, desparra o acumula en cirros y hace desplomar en aguaceros sobre el suelo. Y si por casualidad, los niños se han despertado muy temprano o se pasean tarde al aparecer las estrellas, aprenderán los misterios del cielo y las relaciones del astro terrestre con la inmensidad del espacio. Pero, en todas esas lecciones de cosas, que se confunden con la alegría de la marcha y de la vida al aire libre, recuerde el profesor siempre las palabras de Spencer: "Debe decirse al niño lo menos posible y hacerle encontrar lo más posible".

En la escuela las lecciones toman otro carácter y se hacen más precisas en su enseñanza, pero sobre todo ahí está el peligro, porque los maestros disponen de manuales que les aminoran la tarea y que les dispensan de sacar el curso de su propio fondo. Por su parte, los niños, cuya memoria recibe y guarda tan fácilmente las impresiones, se dejan imponer sin protestar la recitación nemotécnica de algunas líneas y parece que todo dice: la lección de geografía está hecha, la conciencia queda en paz. Sin embargo, cuán en desacuerdo está tal método con la verdadera enseñanza, porque ella dispensa de todo esfuerzo a la inteligencia, propiamente dicha y se limita a figurar palabras que se graban en los repliegues del cerebro y que ocupan un sitio que podría llenar más provechosamente el conocimiento real de las cosas. Yo me he encontrado con niños que, atravesando un río, no tenían idea alguna de que el nombre de esa corriente de agua, recitado en la clase tuviese la menor relación con el agua corriente que fluye bajo sus pies. La memoria sin el pensamiento es una cosa que degrada, que rebaja al hombre, lo reduce a simple materia bruta, como la roca en que ha grabado su nombre.

No acudamos, pues, más que moderadamente a la memoria y limitémosnos a saber mirar. La lógica de las cosas querrá precisamente que las primeras miradas tengan un carácter absolutamente sintético, comprendiendo a la vez los horizontes opuestos, el del cielo y el de la escuela. En efecto, para aprender a conocer la Tierra, es necesario medirla, de-

terminar sus rasgos, fijar las posiciones relativas. El profesor se verá, pues, obligado antes que todo, a ejercitarse con sus alumnos, en ver bien en qué medio se encuentra la sala de la escuela y el espacio que ocupa: es un trabajo de geografía que comienza por lo infinitamente pequeño, el trabajo inmenso de la medición del mundo, pero que no puede hacerse sin el empleo de medios que precisamente nos son suministrados por el conocimiento de la astronomía en lo que ella tiene de más grandioso, porque la más sencilla exposición geográfica necesita la observación del meridiano. Sin embargo, esa observación entra fácilmente en el campo de los estudios directos que el niño puede emprender y verificar. Desde luego, comprobará de una manera general que el sol "se levanta" en una zona del horizonte, que cada día varía débilmente y que "se pone" en otra zona, cuyo punto variable es igualmente poco considerable. Reconoce así los dos lados opuestos del contorno terrestre, el oriente y el occidente. Esto ya es mucho, pero el lugar preciso de esos dos puntos cardinales no lo conoce claramente todavía, a causa de la variación diurna, mientras que la línea del meridiano se dibujará diariamente a mediodía con una exactitud perfecta.

Una vara derecha plantada en tierra, a falta de cuadrante o de gnomon basta para mostrar la sombra en el momento del día en que ésta es más corta. Esta sombra es trazada precisamente en el sentido del norte, si se habita el hemisferio septentrional; en la dirección del sur si se vive en el hemisferio opuesto. El escolar que comprueba la dirección de esta sombra, conoce así una de las líneas fundamentales de la geometría terrestre: la del meridiano que une un polo al otro polo. La construcción de una línea transversal que corte el meridiano en ángulo recto, le dará los otros dos puntos cardinales. El niño prosee, pues, por las medidas precisas, los primeros elementos del mapa. En adelante, sabrá orientar todas las líneas trazadas en la superficie terrestre.

En cuanto a la medida de distancias, puede practicarla como nuestros antepasados, sea por el número de pasos o por el de codos o brazos, sea por cualquier otra medida convencional, la del metro, cuyo origen geodésico se le enseñará luego.

Estos primeros estudios, que pueden combinarse con los paseos y aun con los juegos, deben, sin embargo, hacerse seriamente y con método, pues son el punto de partida de toda la enseñanza geográfica. Preparado con esos conocimientos, el alumno puede ya dibujar el mapa, es decir, el plano, de la sala de clase; luego puede medir y situar un espacio más grande, y finalmente, abordar toda una extensión considerable, un campo con casa y granja, arroyos y senderos, colinas y valles. Adquiere así el verdadero sentido, de las orientaciones, de las distancias, de las disposiciones relativas.

Según los formatos del papel que emplea para su trabajo, aleja o aproxima los diferentes puntos que aparecen en su mapa, y se familiariza así con un nuevo conocimiento de capital valor en la ciencia:

aprende a determinar las proporciones y a servirse de escalas diferentes. El maestro de escuela debe insistir durante mucho tiempo en ese nuevo progreso y hará reproducir el mismo mapa, en grande y en pequeño, de manera que la vista aprenda a distinguir prontamente la proporción exacta de las reducciones del dibujo. Una vez alcanzada esta conquista, el escolar se encontrará mejor preparado, como geógrafo, que la mayoría de sus contemporáneos adultos.

Calculamos en un semestre el período preparatorio de los cursos de geografía, consagrado a esos trabajos preliminares. Según nuestra opinión, el curso correspondiente de historia, desarrollado durante el mismo espacio semestral, trataría paralelamente de la historia local del país, que el niño puede abarcar con su mirada o que tiene siempre presente a su inteligencia en sus conversaciones diarias. Así el escolar francés oír hablar constantemente de París y el alumno argentino tendrá sus ideas dirigidas hacia el estuario del Plata.

Seguro ya de su geografía local, el alumno emprenderá sin peligro el estudio de la geografía de conjunto. El uso de globos es entonces indispensable pues, sin el empleo de una esfera le es absolutamente imposible al niño comprender la superficie de la Tierra entera. Pero en toda escuela bien provista, el globo terrestre está allí; fácilmente manejable, sea que se le tenga suspendido libremente del techo o colocado sobre un ancho plato de madera, o que se le haga girar alrededor de un eje de metal. La experiencia adquirida en las escuelas, desde la época de los grandes descubrimientos mundiales, es decir, desde hace cuatro siglos, nos enseña que la forma más cómoda de globos para la enseñanza de la geografía, no pasa de 2 metros de circunferencia, que es la proporción de la veinte millonésima parte 1: (20.000.000) en relación con las verdaderas dimensiones de la Tierra. En un globo de este tamaño, nada incómodo, por cierto, convendrá que el maestro haga determinar por sus alumnos la forma y la posición relativa del país natal estudiado en el curso preparatorio. La verdadera localización de la comarca conocida, comparada con el resto de la Tierra, no puede dejar de fijarse entonces en el espíritu con una precisión absoluta. Tal es el medio de aprender, y no existe otro, pues los mapas planos son necesariamente inciertos y engañosos. No pueden tener utilidad sino para los que saben; y engañan fatalmente a los que están todavía en el período del estudio. Es pues, un verdadero crimen contra la enseñanza lógica y normal colocar mapas o atlas en las manos de los niños. En efecto, los mapas de tal o cual comarca olvidan toda representación de la redondez de la tierra y por eso mismo aquellos aparentan ser una parte indefinida de la superficie del globo: ninguna proporción verdadera está indicada. Hecho tanto más grave por cuanto estando las proyecciones de las costas dibujadas de acuerdo con procedimientos diferentes, resulta que las representaciones son diversamente erróneas, sea en la zona central o en el contorno. Sucede a menudo

con el manejo de los mapas, del sistema más frecuentemente usado (el de los meridianos paralelos, trazados según el método de Mercator) que, comarcas de la zona glacial, insignificantes por su extensión, parecen diez veces mayores que las vastas tierras ecuatoriales. El testimonio de la vista deja, a pesar de todo, una impresión duradera y definitiva en el espíritu maleable de los niños.

En fin, los mapas de atlas son igualmente condenables puesto que, a excepción de una sola colección, la del inglés Proctor, que por lo demás es de muy pequeñas dimensiones, estos mapas están trazados en diferentes escalas y por consecuencia no pueden compararse entre ellas sino con la ayuda de cálculos matemáticos, para los cuales el espíritu no está preparado. En un atlas, el país originario está siempre representado con proporciones colosales en relación a los países lejanos, y es por esto que se supone sin trabajo que Java, sacrificada en el atlas, es una pequeñísima isla y que el Japón es un archipiélago insignificante. Lo cual hace pensar: ¿cómo puede colocarse allí una población décuple de la que indica el censo en la R. Argentina? El precepto absoluto en la escuela primaria modelo es, pues: suspender el empleo de mapas y de atlas durante todo el período de estudio y reemplazarlo por el manejo de un material escolar que no falsee las ideas. La escuela tipo de que hablamos posee ya un globo a la escala del veinte milésimo, en el cual el escolar puede reconocer todos los puntos designados en sus posiciones relativas y todas las tierras mencionadas en sus dimensiones proporcionales. Pero ese globo modelo no es suficiente; es indispensable emplear un globo de trabajo, simple bola torneada, según la misma escala del veinte millonésimo y revestida de una cubierta apizarrada en la cual el alumno dibujará, y borrará los trozos de la tiza. El niño fijará ahí el lugar preciso de su pueblo natal, trazará el curso del río vecino, el macizo de la montaña más próxima; todos los delineamientos geográficos que sean objeto de la enseñanza tendrán inmediatamente su sitio en el globo de estudio. Los alumnos comprenderán fácilmente, o mejor dicho, verán. La comprensión se hace por vía directa y por lo tanto, sin ningún esfuerzo.

El globo de estudio es del mismo modo absolutamente indispensable para otra disciplina científica. Servirá también para las lecciones de cosmografía. La línea del meridiano que el alumno, en su curso preparatorio aprendió a trazar sobre el suelo mismo, la dibujará sin esfuerzo sobre la redondez planetaria y dividirá la superficie de polo a polo en tantos cortes como se le pedirán, en 360 o 400, por ejemplo. Sabrá desarrollar, también, la línea del ecuador a igual distancia de los dos puntos matemáticos de los polos, conformándose para las latitudes con la convención de las líneas paralelas que se suceden en cada hemisferio, cada noventa o cien grados. Con la misma evidencia comprenderá que la tierra al dar vuelta alrededor de su eje presenta su superficie al sol durante veinticuatro horas; y nada le será más fácil que hacerle contrastar de hora en hora la som-

bra de la noche y la luz del día en la superficie del globo. Y hasta le proporcionará una satisfacción hacerle coincidir exactamente, el rayo del sol sobre el globo con la hora precisa del lugar en que se encuentra, de manera que en el mismo instante la bola suspendida en la escuela ocupa con la Tierra misma, una posición estrictamente paralela. La inclinación del eje terrestre, la línea de la eclíptica, el equilibrio de los trópicos, serán explicados igualmente por la posición del globo con relación a un foco de luz que representa el sol. Es muy natural que puedan aprenderse tantas cosas por el empleo de un simple globo escolar, puesto que ese globo, infinitamente pequeño, respecto a la Tierra, no deja de ser por eso, su representación exacta.

Esto no es todo. las lecciones de historia se darán también por medio del globo. Ya hable el maestro de los hallazgos en el suelo profundo, ya de fósiles, o del hombre de Trinil o del de Neardenthol, ya mencione las grandes invasiones y el rechazo de los pueblos, los grandes choques de las naciones, la población de las tierras, los lugares donde acontecimientos memorables han ocurrido, los alumnos señalarán con facilidad en el globo, el punto, la línea o figura que corresponda exactamente con la lección.

Pero el maestro experto que quiere estar completamente seguro de la atención de sus alumnos, no se contentará con llamarlos al globo apizarrado, los unos después de los otros, para darles una lección práctica, sea de geografía o de historia. Les pondrá también entre sus manos un globo de "juguete", de pequeñas dimensiones, (al 8.000.000, por ejemplo con más o menos 50 centímetros de circunferencia, 16 centímetros de espesor) a fin de que tengan a la vista el medio de seguir las explicaciones dadas sobre el globo de demostraciones, dibujando en él todos los puntos y líneas, según el modelo. Deben poder manejarlo con desenvoltura y hacerlo girar a voluntad. Esto constituirá uno de los objetos de estudio más preciosos y a la vez, más cómodo que poseerá el alumno.

Por importantes y necesarios que sean en la enseñanza escolar los objetos que se colocan al alcance de los niños, no valen ciertamente, como medio educativo, lo que las obras que provienen del trabajo personal y reflexivo. Durante el período de estudios, a lo menos desde principio del segundo año, llegará un momento en que el profesor no deberá limitarse a la simple descripción; y el joven estudiante tendrá mayor iniciativa propia en su educación geográfica.

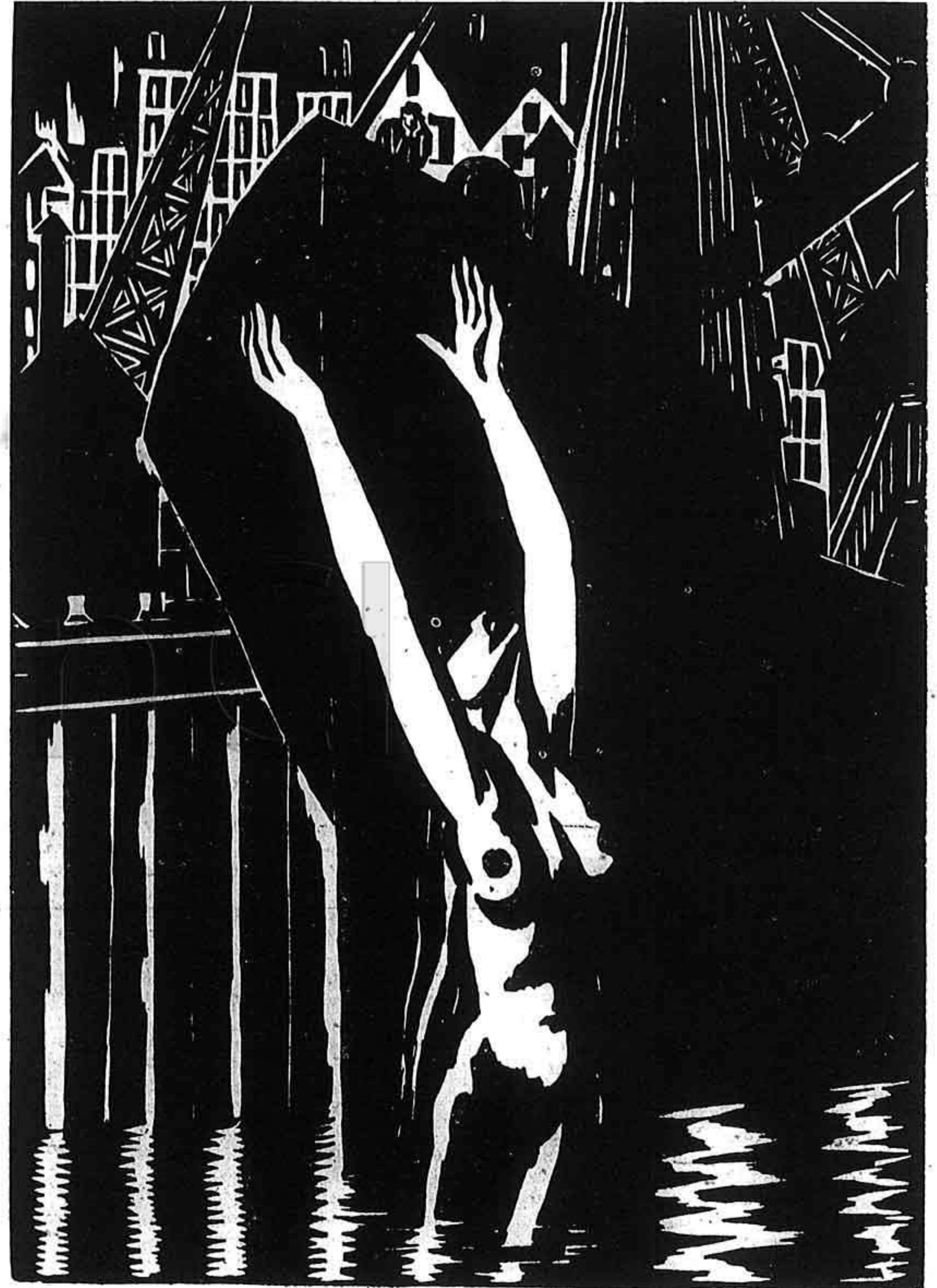
Suficientemente hábil para dibujar un mapa de su pueblo de residencia, con orientación y proporciones verdaderas, se ejercitará en adelante, en representar también las regiones accidentadas con su verdadero relieve y la forma de su estructura. Este trabajo metódico, practicado según los procedimientos regulares que el profesor le indicará, le dejará una impresión imborrable de las formas terrestres, de su aspecto, de su arquitectura íntima y de su parte de influencia en el trascurso de la historia.

Durante el segundo, y sobre todo, durante el ter-

cer año del curso, el profesor puede, creemos, servir se de mapas, pero solamente de mapas que representen una extensión poco considerable de la superficie terrestre, 500.000 kilómetros, a lo más, de modo que con muy débil esfuerzo de imaginación pueda uno figurarse la ligerísima inclinación que esta mínima parte de la película terrestre debería tener realmente. Pero para espacios más extensos, sobre todo para las regiones continentales, Europa, Asia, Africa, Australia, América del Norte y del Sud, y aun para las partes de los continentes, tales como la Argentina, el Brasil, Bolivia, se hace indispensable el empleo de "discos" o "escudos" globulares, es decir, fragmentos o cortes circulares de la superficie del globo que componen los países respectivos. La experiencia nos enseña que el mejor método para exponer esos discos es suspenderlos en la pared de la escuela, donde producen un efecto estético muy atractivo. Pero su gran mérito consiste en fijar para siempre en el espíritu de los niños la impresión verdadera de la forma terrestre de las diversas comarcas. Gracias a este método de enseñanza, el discípulo tendrá, lo que faltaba a sus predecesores, educados según los procedimientos antiguos: una gran facilidad para disipar el caos aparente de las posiciones geográficas. Posee el hilo conductor a través de ese dédalo, sobre todo si ha tenido la suerte de tener por director de estudios a un hombre que haya comprendido la vida, las cosas y su constante evolución al través del espacio y del tiempo. Aun desde el punto de vista moral, obtendrán ventajas apreciables los jóvenes que hayan aprendido la geografía y el encadenamiento de los hechos históricos en presencia del globo, más que por medio de mapas erróneos y difícilmente comprensibles. El mejor medio de formar hombres rectos, valerosos, llenos de iniciativa, es guiarlos por una clara exposición de la verdad.



JOHANN MOST
LA VIDA DE UN REBELDE
 por **RUDOLF ROCKER**
 PRÓLOGO DE **ALEJANDRO BIRMAN**



LA SIRENA

OCTAVIO MIRBEAU

La confesión de Gibory

I

El presbiterio de Lonné-sur-Eau y la casa del tío Gibory se tocan; ésta, baja, negra y bamboleante; aquél, más alto de un pico, con una hermosa fachada toda amarilla y postigos blancos. Los dos jardines, separados por un débil vallado de espinos, bajan hasta el Rille, arroyo estrecho, poco profundo y donde el agua canta dulcemente entre las cañas y los juncos. Igualmente cortados en avenidas o más bien en senderos herbosos e igualmente dispuestos en platibandas simétricas, alrededor de las cuales corren fresas, grosellas y rucacas de ramas torcidas, hacen el efecto de dos jardines gemelos. Pero en el del cura, justo en el medio, bajo un laurel-sauce se levanta una estatua de la Virgen en yeso coloreado, enchapada de musgo aquí y acullá y lavada por la lluvia. El tío Gibory tiene también su estatua y para "fastidiar al cura" la llama "la estatua de San José". Es un espantajo que, con un sombrero de copa pelado, enrojecido, torcido como un tirabuzón y puesto sobre un lado, se balancea en la extremidad de un palo, apartando sus brazos, de donde penden girones rojos, terribles para los gorriones... A derecha y a izquierda, hay pequeños vergeles axenos a humildes habitaciones; en frente, el valle se extiende, verdeante y amplio, con sus hileras de álamos largos y delgados y sus copos de alisos, todo un país de frescura y de hierba gorda, donde se ven errar, por tropillas, los grandes bues-cotentinos.

Una tarde, el tío Gibory estaba trasplantando puerros en la tierra recientemente cavada, cuando el cura, saliendo del presbiterio con su breviario en la mano, apareció del otro lado del vallado. En seguida el viejo se puso en cuatro patas, el lomo arqueado, la nariz casi al ras del suelo; y quedó allí, rígido como un perro en acecho de un musgafío. El cura, susurrando palabras en latín, iba y venía a lo largo del vallado medianero al cual sobrepasaba su cabeza bamboleante, violácea, erizada de crines blancas y rudas. Cuando hubo terminado su pladosa lectura, el fraile se detuvo, dejó su breviario encima del vallado y cruzó las manos sobre él.

—¡Hola, tío Gibory! — gritó.

El tío Gibory fingió no oír. Siempre inmóvil, los ojos centelleantes de malicia, la nariz husmeante, como la del animal a quien fascina el olor de la presa, no se movió.

—¡Tío Gibory! — repitió el cura con voz más fuerte. — ¡Hola, tío Gibory!... ¿No me oís, pues?... tío Gibory!...

Lentamente, con movimientos silenciosos de animal en acecho, levantó la cabeza y la volvió oblicuamente.

—¡Psch!... — hizo, sacudiendo el aire con su gruesa mano nudosa, como si hubiese querido alejar de sí el vuelo de una mosca importuna.

Y en seguida volvió a tomar su posición de perro en espera, tendido sobre sus brazos como sobre dos patas...

Hubo un silencio. Se hubiese dicho que algo grave, solemne, casi terrible se cumplía. Sin embargo, un petirrojo cantó en el vallado; dos chicharras se pusieron a charlar, muy lejos, y un golpe de viento pasó, haciendo rechinar al espantajo sobre su palo. Impacientado al ver que Gibory se encarnizaba en no moverse, el cura llamó de nuevo:

—¡Tío Gibory!... ¡Hola, tío Gibory! ¿Qué hay, pues?... ¿Es siempre el topo?

El anciano se enderezó, tuvo un ademán de cólera, golpeó el suelo con sus puños.

—¡Ah! ¡caramba! ¡caramba! — exclamó — ¡Lo habéis espantado otra vez!... ¡Ah, el maldito!... No deja nada!... ¡lo hurga todo!... Voy a recoger mi trampa...

Se levantó refunfuñando y haciendo andar sus brazos con el mismo movimiento trémulo de sus piernas, el cuerpo plegado en dos, se dirigió hacia la casa. Pero el cura, que sonreía con aire malicioso, volvió a llamarlo.

—Decid, tío Gibory, ¿cómo es eso que cada vez que vengo al jardín, os encuentro acechando a un topo?

—¿Acaso lo sé yo? — contestó el viejo con tono áspero. — Sois quizás vos la causa... ¿Qué diantre!... ¿Un topo y un cura, no es acaso la misma cosa, o casi?... Voy a recoger mi trampa...

—Esperad un poco, tío Gibory... Y a parte de eso, ¿os encontráis tan bien como queréis?

—No muy fuerte, señor cura, no muy fuerte!... Las piernas están flojas, y la cabeza también... Me da vueltas ahí dentro... ¡Ah!, caramba, me da vueltas como en un molino.

to silencio — entonces, os da vueltas ahí dentro!

—¡Entonces — replicó el cura, después de un corto silencio — Tenéis que cuidar eso!... Precisamente se aproxima la Pascua...

Al oír esa palabra, el tío Gibory abrió una gran boca, una boca oblicua, cortada en mueca, como con un cuchillo, una boca negra en la cual amarilleaba un solo raigón de diente.

—¿Decís? — murmuró.

—Digo que estaremos pronto en Pascua — repitió el cura.

—¡Bueno!... ¿Y qué queréis hacerle?... Habrá que dejarla venir, supongo...

—¡Sí, sí!... Chanceaos, viejo zorro. ¡Sabéis bien de que se trata... Veamos! ¿Dejaréis pasar Pascua, como los demás años, sin confesaros?...

—No habléis de eso, hombre... No habléis de eso... Voy a recoger mi trampa...

El cura tomó entonces un aire de autoridad.

—Escuchadme, tío Gibory, — pronunció gravemente. — Vuestra hija tiene mucho pesar, sí, mucho pesar... Lloro y se desespera... La hacéis muy desdichada con vuestra impiedad.

—¡La Mélie! — replicó vivamente el buen hombre. — Eso no le importa nada... Que se ocupe de sus asuntos... y vos también. ¡Amo bien a Dios! Voy a misa todos los domingos... Pero en cuanto a confesarme, y esto, y aquello... No es mi idea... no, ¡diantre!

—Sois viejo, tío Gibory... Habéis tenido ya ataques... No se sabe nunca cuando se vive ni cuando se muere...

Se cruzó de brazos, meneó la cabeza.

—Si tuviérais un ataque... esta noche... en seguida... ¡Eh! ¿qué diríais?

—¡Un ataque!... ¡esta noche!... ¡yo!... ¡Já!... ¡já!... Tened buen cuidado de no morir antes que yo... ¡no sois muy joven tampoco, ni muy sólido!... ¡Voy a recoger mi trampa!

—¡Venid! ¡Oíd!

El pobre cura no sabía ya que decir. Las respuestas del tío Gibory, subrayadas por la malicia de sus dos pequeños ojos guiñadores, esa tranquila testarudez de bruto irónico, lo desconcertaban, lo irritaban, le daban miedo, como si se hubiese encontrado en presencia del mismísimo diablo: Hubiese querido injuriarlo, pero temiendo atemorizarlo más aún, esperando también hacer volver al arrepentimiento a ese viejo pecador endurecido, se contuvo.

Los pájaros volaban de una a otra rama, todos vibrantes en el sol; allá, el arroyo zumbaba dulcemente, rozando los troncos agitados de las cañas; un gato bermejo, que se arrastraba en una plantación de nacientes lechugas, disparó repentinamente, atravesó el jardín en dos saltos y desapareció por un claro del vallado. Muy perplejo, el cura buscaba un medio diestro para reanudar la conversación. Sacó la tabaquera del bolsillo de la sotana, cogió una pulgarada de tabaco, y habiendo sacudido su mano a golpecitos, aspiró el polvo y lo sorbió ruidosamente.

—Mirad, tío Gibory — dijo de repente — sois un buen hombre, voy a haceros una proposición... ¡Oh! ¡pero una linda proposición!

Y tamborileó, con sus dedos, un aire de salmo sobre el breviario.

El viejo campesino enderezó el oído; miró al cura con sus ojos desconfiados. Este prosiguió:

—Me queda todavía una botella, una sola botella de vino añejo, pero viejo, viejo de más de veinte años... Podrían recorrerse cien leguas antes de encontrar otro igual... Vale... ¡oh! ¡Dios mío! vale por lo menos diez francos, quizás quince. No se sabe lo que vale una botella de esas... no tiene precio... Pues bien, si queréis confesaros, os traeré esa botella... Será para vos... y podréis alabaros de tener una cosa muy rara, una cosa como no la tiene monseñor el obispo, ni el castellano de Guibault, ni nadie...

—¡Já, já!... — dijo el buen hombre con voz temblorosa y rascándose la oreja — ¿No es engaño eso? ¿No es para pescarme?...

—Puesto que os lo digo... Vamos, tío Gibory ¿os conviene?

—No digo que no.

—¡Entonces voy a vuestra casa, enseguida!

—¡Trayendo la botella?

—Sí, con la botella...

—Está bien.

II

La Mélie era una moza flaca, seca, de mirada estática, invariablemente vestida de negro desde la cabeza hasta los pies, como una monja. El tiempo que no pasaba en la iglesia lo llenaba limpiando la pequeña casa, adornando las paredes con obras de santidad, y "su labio buscaba siempre un rezo". Su padre y ella no se dirigían nunca la palabra. No era porque estuviesen enfadados; pero si el buen hombre no molestaba a su hija en sus actos de excesiva piedad, pretendía que ella, a su vez, lo dejara libre de obrar a su antojo y que jamás le hiciera la menor observación respecto a la religión. Y como Mélie no podía hablar, sino de Dios, de la Virgen y de los santos, no hablaba. Los dos vivían de ese modo hacia diez años, en el más completo silencio.

El tío Gibory entró, no miró a la Mélie que lus-traba un caldero, con las faldas arremangadas en rodete al rededor de sus caderas chatas y las mangas levantadas hasta el codo, murmurando sus oraciones; y se fué a su pieza, cerrando la puerta.

Al cabo de un cuarto de hora, oyó un ruido de voces que cuchicheaban, exclamaciones ahogadas en la pieza vecina, y habiéndose abierto la puerta, apareció el cura, sonriente, el rostro dilatado, la botella en la mano.

—¡Ah! ¡ah!, tío Gibory, — clamó el cura con aire triunfante — ¡Aquí está!... es esta; la única, la última, ¡la mejor de las mejores!... ¡Ah! ¡viejo suertudo!...

Levantándola más arriba de su cabeza, por la extremidad del gollete, la enseñó en toda la gloria de su panza redondeada y de sus telarañas que le formaban como una barba venerable.

—Bueno, bueno, — gruñó el viejo campesino que dirigió sus ojos oblicuos y relucientes hacia la botella de vino. — ¿Cómo voy a arreglar este asunto?

El fraile hizo una rápida inspección de la pieza con una ojeada circular y dijo:

—¡Es muy sencillo!... He ahí una mesita... os pondréis en una punta, yo en la otra...

—¡Y el frasco al medio! — añadió Gibory.

—Eso es... ¡Y decir que la guardaba para el centenario de San Latuino!... En fin, está prometida... ¡Vamos!... ¿estáis listo? Comencemos.

El cura depositó respetuosamente la botella sobre la mesa, se sentó y, persignándose, murmuró con voz grave y sorda:

—En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ¡Amén! Repetid eso, tío Gibory.

Este último no quitaba la vista de la botella. Ahora se le ocurría una sospecha. Temía ser "engatusado" por el cura y preguntó:

—¿Qué vino es ese?

—Vino de borgoña, borgoña añejo, contestó el fraile.

—¡Borgoña! ¡Hubiera casi casi preferido burdeos!... ¿Estáis seguro al menos que sea borgoña?... ¿No no burláis de mí?...

—¡Puesto que os lo digo!... Vamos, empecemos de nuevo. En nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo, Amén... Repetid eso, tío Gibory.

Y el tío tartajó distraídamente:

—En nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo... Amén...

Se volvió hacia el cura.

¿Que queréis que os diga?... ¿No tengo nada que deciros, nada de nada... No he matada, no he violado, no he robado...

La puerta se abrió bruscamente, y Mélie entró, con ojos coléricos y gesto amenazador.

—¿Es posible, Dios mío? — gritó adelantándose

hacia la mesa —. ¿Es posible decir mentiras semejantes?... ¡Y en la confesión todavía, a Dios, al señor cura!... ¡Sí, habéis robado!... Sí, señor cura, ha robado, y no una sola vez, ha robado más de diez veces... ¡Ah! pero no quiero que diga cosas así. Puede morir esta noche... iría al infierno... ¡No quiero!... Ha robado un conejo a la mujer Renaud, una podadera al dueño de la Trépaillière, más de un estero de leña a maese Bacoup, buena leña de ojaranzo con la cual he tenido para dos inviernos... Ha robado dos medidas de cebada a Marchand, ha robado... ¿Acaso lo sé yo todo lo que ha robado?

El buen hombre, la espuma en la boca, amenazaba a su hija con el puño y gritaba:

—¡Quieres irte, tú! ¡Quieres callarte!... ¡Espera, espera!...

Quiso levantarse, pero, en su precipitación, chocó tan fuertemente con la mesa, que la botella se inclinó, rodó y, antes que el cura tuviese tiempo para detenerla, cayó sobre las baldosas donde el líquido se esparció con un ruido seco de vidrio roto.

Quedaron un instante consternados los tres, aniquilados, la boca abierta, los ojos desencajados, siguiendo con la mirada los pequeños regueros sinuosos y purpurados, que se deslizaban, se dividían, volvían a unirse y desaparecían en las hendiduras de las baldosas.

—¡Rediós! — exclamó el cura, golpeando sobre la mesa.

—¡Santa Virgen! — imploró Mélie juntando las manos.

—Voy a recoger mi trampa — dijo sencillamente el tío Gibory, que se había incorporado del todo y alejose con lentitud, arrastrando sus zuecos y balanceando sus brazos...

jos de menospreciar ese esfuerzo, de que somos, por lo menos entusiastas divulgadores, pero la tradición de "La conquista del pan", de "La sociedad sociedad moribunda y la anarquía", de "Entre Campesinos", de "El dolor universal", etc., casi se había perdido y es grato ver cómo la renueva Berkman con su "Now and after".

Otro libro similar, aunque escrito en otro tono y con otros recursos intelectuales, es el pequeño volumen del viejo compañero sueco G. Henriksson-Holmberg: "Anarchismes dess grundtext" (Stockholm, 1928; 144 págs.).

El libro de Berkman se compone de tres partes; la primera es la crítica a la sociedad actual, al sistema del salario, a la ley y al gobierno, a la desocupación, a la guerra, a la iglesia y a la escuela, a la administración de la justicia, al movimiento obrero, al socialismo, al examen de la revolución rusa, del bolchevismo, de la dictadura, etc.

La segunda parte expone las ideas fundamentales del anarquismo y en fin en la parte última nos describe la revolución social, su necesidad, su preparación, la organización del proletariado para la revolución social, los principios y la práctica de ésta, el consumo y el cambio, la producción y finalmente la defensa de la revolución.

Saludamos esta hermosa producción y deseamos su pronta divulgación en español, lo mismo que las "Prisons Memoirs of an Anarchist" del mismo autor.

RAMON CALA. — Los Comuneros de París. Historia de la Comuna en Francia (1871). Con carta prólogo de F. Pi y Margall. Vol. I, 159 págs. Buenos Aires, 1929.

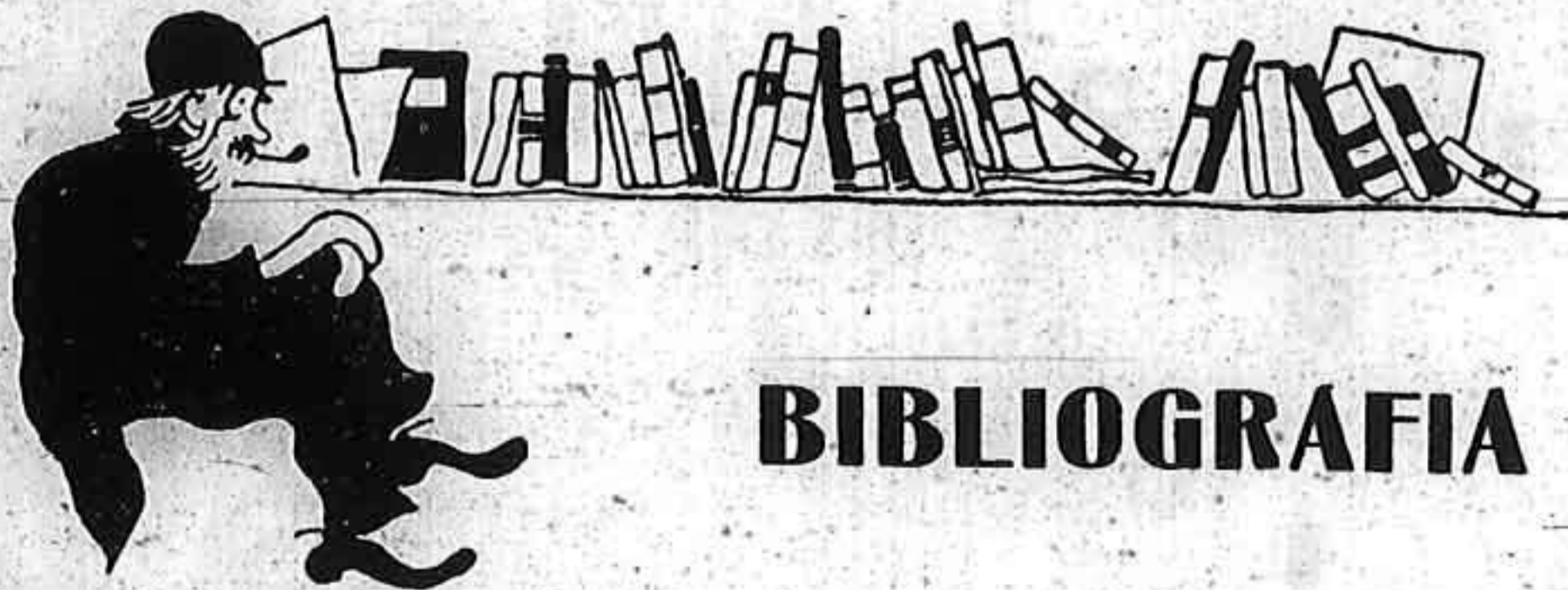
Una nueva editorial, "Plus Ultra", inicia la publicación de una obra española sobre la comuna de París; la obra entera constará de 6 volúmenes. La primera parte se lee con placer, pero un juicio definitivo sobre ese libro, que no conocíamos, lo daremos después de aparecido íntegramente. El precio de cada pequeño volumen es de 50 centavos.

E. ARMAND. — Les loups dans la ville. Piéce en 4 actes. Ed. "l'en dehors", París-Orléans. Un vol. de 92 págs.

Una obra de ambiente anarquista que hace reflexionar sobre métodos, ideas y táctica. Personajes simpáticos como Franck Dumont y Henriette y Emilienne, otros repelentes, como Pierre Márais. Nos parece haber visto en más de una ocasión el cuadro que Armand nos describe y no es la primera vez que perdemos a Franck Dumont; por eso gritamos siempre contra el empleo de ciertos medios en la propaganda, por eso y porque hemos comprobado que no son los medios sino los hombres los que faltan para acelerar el paso hacia el ideal de nuestros sueños.

J. A. PEREZ. — Falacias de las seis horas de trabajo. Prólogo de J. S. Sierra. Un vol. de 60 págs. París.

El prologuista llama a la idea de las seis horas "utopía" y el autor del folleto, cuya lectura recomendamos por los interesantes datos que ha logrado reunir, sin oponerse a la reducción de la jornada, lo que sería absurdo para un obrero y un revolucionario, quiere hacer frente a las supuestas virtudes de las seis horas. Siendo nosotros los que con más tenacidad hemos venido propagando la necesidad de esta conquista, podemos asegurar francamente que ninguna de las objeciones del caricarada J. A. Pérez nos afecta. No nos hemos hecho más ilusiones que las que resultarían de un poco más de holgura ni hemos atribuido a las seis horas ninguna virtud milagrosa. Por consiguiente eso de las falacias nos parece un poco duro y fuera de lugar, pues el hecho de llamar la atención sobre el peligro de las ilusiones exageradas no autoriza a tomar un título que más bien significa una condenación que una mera restricción de cuanto puede entenderse por la necesidad de imponer una nueva reducción de la jornada de trabajo.



BIBLIOGRAFIA

ALEXANDER BERKMAN. — Now and after. The A. B. C. of Communist anarchism. (Ahora y después. El A. B. C. del comunismo anárquico). Un vol. de 297 págs. The Vanguard Press, New York. Precio: 1.50 dólar.

Alejandro Berkman, con su nuevo libro, continúa la tradición de la divulgación de nuestras ideas con fines de proselitismo; decimos que continúa la tra-

dicción, porque los libros de Kropotkin, de Grave, de Malatesta, etc. no tuvieron repercusión en nuevos libros equivalentes desde hace una buena porción de años. Nuestra literatura de la época de la guerra mundial y de la post-guerra es más bien de crítica, de crítica interna por un lado y de crítica externa por otro. Se han expuesto nuestras ideas en su conexión histórica (Nettlau), en su oposición al bolchevismo y al nacionalismo (Rocker), en contraste con el pensamiento de la dictadura (Fabbri), respecto de ciertos problemas (Faure). Estamos le-

ESTATISMO ANARQUIA

SE TITULA EL QUINTO VOLUMEN DE LAS OBRAS

COMPLETAS DE MIGUEL BAKUNIN, RECIENTEMENTE

EDITADO POR "LA PROTESTA"

¡LEALO, COMPAÑERO!

Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

MAX NETTLAU.—

"Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España" 1886-1873	\$ 0.50
Edición especial, papel pluma	" 1.—
Encuadernado en tela	" 2.50
"Errico Malatesta". — La vida de un anarquista. Traducción de Diego Abad de Santillán	" 1.20
Edición especial, papel pluma	" 2.—
Encuadernado en tela	" 3.50
"Fernand Pelloutier y el sindicalismo"	" 0.15

RUDOLF ROCKER.—

"Johann Most, la vida de un rebelde". Prólogo de A. Berkman. Dos tomos. Precio de cada tomo	" 1.50
"La maldición del practicismo"	" 0.10

RUDENKO.—

"En Ucrania. — La sublevación popular y anarquista". — Trad. del ruso por J. Company	" 0.15
--	--------

JAMES GUILLAUME.—

"Miguel Bakunin" (Noticia biográfica)	" 0.20
---	--------

MIGUEL BAKUNIN.—

(Obras Completas)

I "La Revolución Social en Francia". — Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Traducción de D. Abad de Santillán	" 1.50
II "La Revolución Social en Francia". — Tomo segundo. Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
III "Consideraciones filosóficas". — Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
IV "Dios y el Estado". — Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
Los mismos, encuad. en tela	" 3.50

ERRICO MALATESTA.—

"Anarquía"	" 0.20
"En el Café". — Traducción de D. A. de Santillán. Prólogo de L. Fabbri	" 0.30
"En Tiempo de Elecciones"	" 0.10

PEDRO KROPOTKIN.—

"Palabras de un Rebelde"	" 1.—
"Conferencias. I) El Estado, su rol histórico. — El Estado Moderno"	" 0.50
Encuadernado en tela	" 1.50
"A los jóvenes"	" 0.10

LUIS FABBRI.—

"Cartas a una mujer sobre la anarquía"	" 0.50
Encuad. en tela	" 1.50
"Influencias burguesas sobre el anarquismo"	" 0.20

C. LOMBROSO y R. MELLA.—

"Los anarquistas" (Estudio y réplica) ..	" 1.—
--	-------

NIDO, ROCKER y NEMO.—

"Nacionalismo y anarquismo"	" 0.20
-----------------------------------	--------

SEBASTIAN FAURE.—

"Mi Comunismo" (La felicidad universal)	" 2.—
Encuadernado en tela	" 3.50
"Temas Subversivos"	" 1.50

También se vende en folletos, a 10 centavos cada uno, con los siguientes títulos:

La falsa redención. — La dictadura de la burguesía. — La patria de los ricos. — La podredumbre parlamentaria. — La moral oficial y... la otra. — La mujer. — El niño. — Las familias numerosas. — Los oficios odiosos. — Las fuerzas de la revolución. — La conmoción revolucionaria. — La verdadera redención.

J. DEJACQUE.—

"El Humanisferio". — Prólogo de Max Nettlau y Eliseo Reclus	" 0.50
---	--------

WILLIAM MORRIS.—

"Noticias de ninguna parte"	" 1.—
-----------------------------------	-------

NICOLAI GOGOL.—

"Almas Muertas" (2 tomos)	\$ 2.—
---------------------------------	--------

ELISEO RECLUS.—

"A mi hermano el campesino"	" 0.10
"La anarquía y la iglesia"	" 0.10

JUAN CRUSAO.—

"Carta Gaucha". 7.ª edición	" 0.10
-----------------------------------	--------

D. A. DE SANTILLAN.—

"La jornada de seis horas". — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo ..	" 0.10
--	--------

AGUSTIN SOUCHY.—

"La Ucrania revolucionaria". (Resultado de un viaje de estudio desde el mes de abril a octubre de 1920) ..	" 0.30
--	--------

S. RADOWITZKY.—

"La voz de mi conciencia"	" 0.10
---------------------------------	--------

VARIOS.—

"Certamen Internacional de LA PROTESTA". — Un volumen en 4.ª, encuadernado en tela	" 2.—
--	-------

ANSELMO LORENZO.—

"El derecho a la evolución"	" 0.10
-----------------------------------	--------

ANA M. MOZZONI.—

"A las hijas del pueblo"	" 0.10
--------------------------------	--------

JOHANN MOST.—

"La Peste Religiosa"	" 0.10
----------------------------	--------